

17 ENE 1915

La Esfera

Año II * Núm. 55

Precio: 50 cénts.



Corrales

TENEÓ DE TIPO HÚNGARO. estudio de Hidalgo de Caviedes

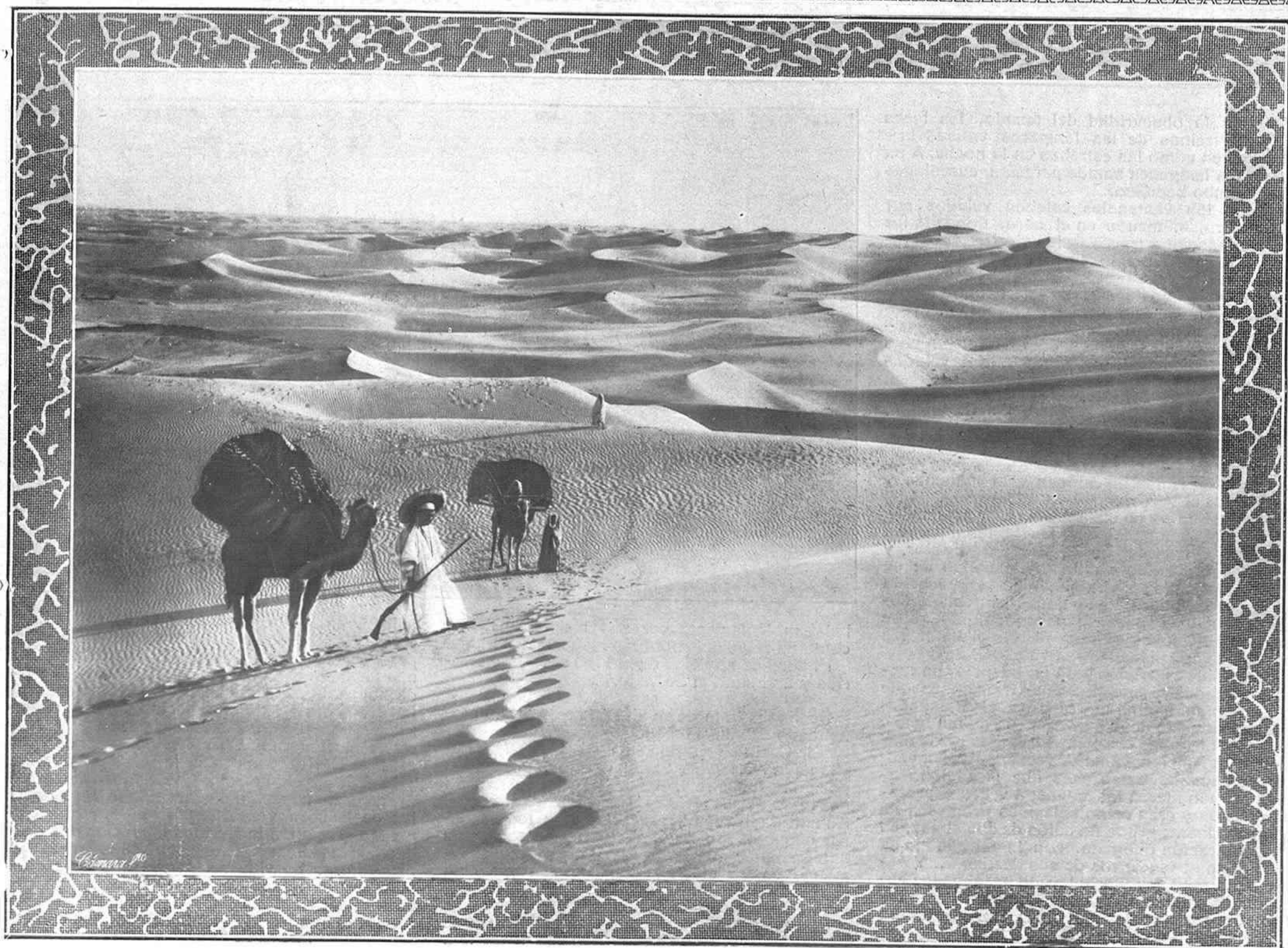


Desengañense Vds.

¡ Es el único !

JABÓN HENO DE PRAVIA

Ehrmann.



PÁGINAS POÉTICAS

LA CARAVANA



Y fué al nacer el sol. Por la llanura
dormida y dilatada
del bárbaro desierto,
en perezosa marcha
púsose á caminar hacia el Oriente
la triste caravana.

Venía de regiones donde el viento
lúgubre resonaba
al azotar las ramas ateridas
de las desnudas selvas solitarias.

Iba en pos de cantados
países luminosos, de otras playas
donde la luz del sol, limpia y serena,
vertiéndose por campos de esmeralda,
en los alegres pechos, bulliciosa,
enciende del amor la loca llama.

Los plácidos camellos,
con rítmicas zancadas
y en sus dóciles ojos reflejando
de la abierta llanura iluminada
la ardiente lejanía,
mansos y firmes, la pesada carga
de tiendas, viejos, niños y mujeres,
en sus informes lomos transportaban,
y en torno de ellos, mudos y sombríos,
siempre fijo el fulgor de sus miradas
en los claros celajes
que el sol vestía de sangrientas llamas,
seguidos de sus canes macilentos
los fuertes de la tribu caminaban.

Ni un canto de ventura,
ni un grito de esperanza,
de la inmensa planicie
la soledad turbaba,
¡que el fiero desengaño
mata la alegre juventud del alma!

¡Cuántas veces creyeron, jubilosos,
ver á las luces de la aurora plácida,
sobre un cielo sereno, que el obscuro
paisaje recortaba,
bosques umbrosos á los pies tendidos
de altísimas montañas
donde su claro manantial tenían
de aquellos bosques las cantoras aguas!

¡Y cuántas ya soñando placenteros
de aquella nueva y venturosa Arcadia
oir los ecos de la verde selva
y el limpio son de las corrientes claras,
la abrasadora lumbre



del rojo sol en viva catarata
fundía los celajes que fingieron
tierra feliz en las auroras plácidas!

Y fué ya el ígneo sol. Por la llanura,
fúlgida y dilatada
del bárbaro desierto,
su perezosa marcha
lenta seguía hacia el lejano Oriente
la triste caravana.

Un águila caudal, de sus bravías
y gigantescas alas,
sobre la ardiente arena
la sombra proyectaba,
y era, dormida, en el azul espacio,
obscura, inmóvil y siniestra mancha.

En una suave ondulación del llano,
de pie en la cresta de colina árida,
brava en sus iras la feroz melena,
ronca en sus furias la febril garganta,
y abierta la nariz al viento cálido,
un león contemplaba
con hirviente pupila
el paso lento de la tribu errática.

Y aún de Occidente al postrimer reflejo
veía la espantada
gente que, allí, sobre la leve cumbre
de la colina árida,
seguía amenazante
la esfinge del desierto solitaria.

Los que vivís en angustiosa lucha,
los que del mundo por la senda amarga
buscais ansiosos los floridos lauros
de la alta gloria, de la excelsa fama,
sois, de la vida en el fatal desierto,
imagen de la triste caravana.

FERNANDO LÓPEZ MARTÍN

FÉNIX, PRISIONERO

SOBRE la obscuridad del templo, las luces mortecinas de las lámparas votivas brillaban como las estrellas en la noche. A su fulgor las imágenes santas parecían aureoladas de un nimbo beatífico.

Todos los ventanales estaban velados por cortinas rojas, menos en el coro, donde la luz exterior pasaba á través de las vidrieras policromas, tapizando preciosamente el blanco pavimento.

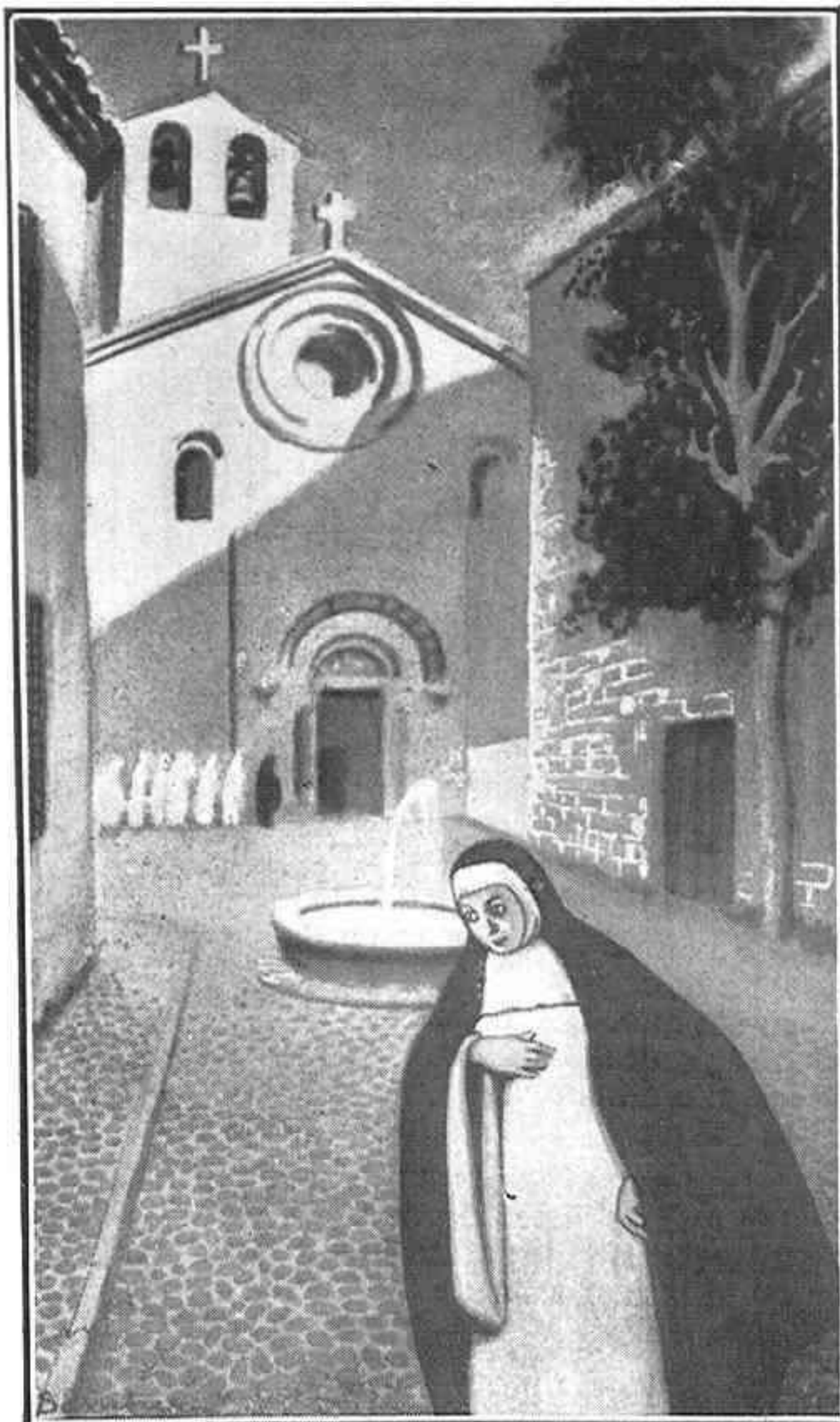
Un coro de novicias, todas de hábitos albos, formaba semicírculo ante un armonium, ensayando los villancicos pascuales. Dirigía los ejercicios Sor Cecilia, pálida, como un lirio, bajo sus tocas immaculadas, con los ojos velados misteriosamente por la celosía de sus pestañas; la sonrisa un poco triste y la frente pensativa.

Agitaba sus manos un pequeño temblor cuando oprimían el teclado delicadamente, cual si temiesen herir un alma cautiva en la caja sonora, llena de armonías dolientes, donde cada nota, cada acorde tenían inflexiones casi humanas y semejaban, á veces, suspiros y lamentos.

Parecía que era su alma misma la que gemía en las vibraciones de las cuerdas heridas; parecía que cada nota era como un eco de su dolor, y todo el canto como un llanto dulcísimo de su alma, enferma de nostalgia, ante la evocación de venturas lejanas, de ilusiones marchitas, flores deshojadas sobre su pasado, como sobre un jardín en cuyas sendas dejara el Amor las huellas de sus pisadas fugitivas...

Las pálidas novicias oían en silencio, un tanto sorprendidas, aquellas improvisaciones que interrumpían, alguna que otra vez, el acompañamiento rutinario de sus cantos. ¡Eran tan bellas aquellas melodías desconocidas, llenas de dulce encanto melancólico! A veces, parecían canciones de niños, como esas que dicen las madres cuando mecen las cunas; á veces expresaban pasión y eran como solemnes promesas de enamorados...; gritos de adiós de dos almas, en una separación obligada, con la mirada fija en los horizontes inciertos de sus destinos... Y sobre aquel mudo auditorio juvenil pasaban las armonías cálidas, delirantes, como un viento estival, impregnado de enervantes efluvios, sobre una guirnalda de azahares...

De pronto, Sor Cecilia, despertó de su ensueño; el súbito rubor de sus mejillas delataba su turbación. Dirigió á sus alumnas una mirada humilde, como una súplica, y con voz acariciante, susurró: «Comencemos, de nuevo». Sus manos, entonces, aleteaban cansadas sobre el marfil antiguo, y las lágrimas silenciosas res-



balaban lentamente por sus mejillas pálidas, como un rocío sobre pobres rosas descoloridas.

El coro de novicias repitió los salmos ofertorios y un himno al Salvador...

ooo

Declinaba la tarde en un lento crepúsculo otoñal lleno de suaves matices.

Sor Cecilia, recogida en su celda, veía á través de los cristales de su ventana, protegidos por una espesa reja, cómo el jardín austero del convento se envolvía en las primeras sombras. Su mirada llegaba hasta el límite de los senderos cubiertos de hojas marchitas, y se detenía ante los altos muros del recinto; pero su pensamiento volaba más allá de las tapias y de los estrechos horizontes del valle, hasta los lugares de sus recuerdos queridos.

Ella había huído del mundo en un acceso de desesperación, en un renunciamiento irreflexivo de todos sus anhelos, de todas sus esperanzas, sacrificando insensatamente su juventud y su ilusión, á un desengaño de amor, creyendo que el amor muere una vez, para siempre...

¡El amor!... Habían pasado los años, después de su reclusión voluntaria, habían pasado los años, casi insensiblemente, entregada con fervor á las prácticas religiosas...

¡Habían pasado los años!... ¿Cuántos?... Los rostros de otro tiempo, los rostros familiares, aquellos más queridos, eran pálidas sombras, imágenes confusas de facciones borrosas, esfumadas en su memoria... Parecía como si su memoria se hubiese cubierto con un espeso velo de olvido... Parecía que todo estaba ya lejano, perdido en lo más profundo del recuerdo..., hasta su propia imagen, su propio rostro, que ya ningún espejo mundano debía reflejar... ¡Todo perdido!, ¡todo, ya olvidado!...

Pero el Amor emergía del fondo del recuerdo, como el espectro de un naufrago... Más que como un espectro, como una imagen viva, como un resucitado del fondo de un sepulcro...

En la soledad de su celda, al postrer fulgor de la hora crepuscular, la aparición surgía de un ángulo sombrío... Era el antiguo amor con su sonrisa franca y su mirada llena de promesas... Entonces despertaban todos los dulces ecos adormecidos en el alma, y la pálida monja, trémula de emoción, extendía las manos con un gesto anhelante... La visión se perdía, poco á poco, en la sombra; pero la pasión despierta y el alma conturbada quedaban al acecho, en una inquietud constante...

¡El amor!... Una á una recordaba, ella, ahora sus antiguas promesas, todos sus bellos planes de felicidad... Aquellas horas de los muertos idilios, pasados junto al mar, viendo cruzar las barcas veloces y ligeras como las gaviotas, simulando las alas con sus velas latinas extendidas al viento y reflejadas con su batir constante en el agua móvil. Aquellos idilios cuyas palabras de amor eran interrumpidas por las canciones marineras, canciones perezosas, de voces melancólicas, mecidas por la extraña armonía del ritmo de las olas... ¡Si en aquellos instantes

le hubieran, á ella, hablado del claustro!... ¡Ah, despertaba ahora su alma de su locura mística, pero tardíamente!... Despertaba ante una tumba; una tumba que sólo contenía cenizas... Vanos despojos de su vida anterior... A eso, únicamente, había quedado reducido todo... ¡Cenizas!... Pero el amor es como el Fénix, y del fondo de aquel montón vano parecía surgir con sus alas de luz, para encender la fiebre del deseo...

Era, desde algún tiempo, todas las tristes tardes, aquella tentación mortificante, á la incierta luz de la hora vespertina. Los recuerdos del mundo surgían á la claridad imprecisa de aquellos ocultos melancólicos como bellos fantasmas alucinantes. La vida reclamaba sus derechos, rebelándose vanamente entre los cuatro muros de la celda, y, en tales horas de muda desesperación, la frente de la monja se apoyaba con insistencia en los fríos barrotes de la reja de su ventana que daba al huerto monástico, y tras aquella reja, y tras aquella frente, los pobres pensamientos eran como aves cautivas que reclamaban angustiosamente su libertad...

Era una rebelión alarmante, del alma una tortura obsesionante... Como si un cuerpo vivo despertase en el fondo de una tumba y nos llamase con una voz amada y todos nuestros esfuerzos fuesen vanos para levantar la lesa, para arrancarla, para destruirla... Así era para la enclaustrada esta resurrección de su amor.

ooo

Una tarde la monja, huyendo de sí misma, abandonó su celda y bajó hasta el jardín. Estaban los senderos cubiertos de hojarasca. La arena humedecida por la lluvia reciente era leve á sus pies. Pasó una, dos, tres veces ante la puerta de una tapia, cerrada con candados y cerrojos mohosos, y las tres veces se quedó pensativa... Después, por una senda corta, se aproximó á un estanque.

Sor Cecilia se miró unos instantes en el agua tranquila, como en un claro espejo... Se miró sorprendida, fijamente, intensamente... y no se reconoció. Su faz marchita y triste estaba avejentada; no era la de otro tiempo. Aquella era una máscara afligida. Se inclinó más sobre su propia imagen, como si quisiera contar, una á una, sobre su propia faz, las huellas del tiempo.

El surtidor tenía un susurro doliente: en el fondo del agua lucían dos estrellas como dos pupilas misteriosas, fascinantes... Algo se desprendió de entre las manos de Sor Cecilia y cayó en la piscina abriendo un ancho círculo de ondas... Las manos de la monja fueron, como dos cisnes, en busca del objeto perdido... Un relámpago blanco lució sobre las aguas verdosas y un círculo más ancho de ondas, se extendió...

En este mismo instante el esquilon de la torre cantó argentadamente, en un toque del *Angelus*.

Por el fondo del huerto, como una procesión de sombras á la luna, pasaron las novicias de dos en dos con dirección al convento...

GOY DE SILVA

DIBUJOS DE P. SÁNCHEZ

ECOS DE LA GUERRA

¿QUIÉN TRIUNFARÁ?

EN las calurosas controversias con que los respectivos partidarios de los países en lucha aderezan la neutralidad de España, es tema predilecto el de justificar, con buena copia de razones, las que sirven de fundamento á la asignación del triunfo, que cada preopinante adjudica al pueblo de sus más acendradas simpatías.

Cuantos ponen su cariño en los aliados, no quieren ni oír hablar del triunfo de Alemania, y quienes se sienten germanófilos sonríen con aire despectivo cuando escuchan vaticinios favorables á Francia, Inglaterra y Rusia. Cada cual distribuye victorias y laureles como si fuera el propio Marte, dios de guerreros, y en llegando la hora de proponer bases para la paz, maneja el mapa de Europa con admirable soltura, cambiando á su gusto las fronteras y poniendo y quitando coronas en las testas que más le place, á medida de su deseo.

¡La paz! ¡Cómo llegaremos á ella! Clama el buen sentido, poco partidario de andar en inútiles disputas, cuando todo el ardimiento se necesita para maldecir á quienes produjeron en el mundo la inmensa desventura que ahora padece, y procurar que se restañe la hemorragia y se cicatricen las heridas de esta guerra, episodio de la vida universal, con el que la barbarie quiere desquitarse, en unos meses, de los triunfos conseguidos, en muchos años, por la Civilización.

El triunfo ¿para quién será? ¿Para el más bizarro, para el más fuerte, para el que resista más con oro la insaciable avaricia de la guerra?

El valor importa en la actual menos que en otras épocas, cuando en las batallas se veían los ejércitos. Ahora se pelea á kilómetros de distancia; ruedan los hombres muertos por las balas, que se lanzan desde muy lejos, y los soldados no son en realidad sino piezas de una inmensa máquina, que obedece á una fuerza directora, friamente calculista.

Los actos sublimes, los arranques personales, las gallardías que se inmortalizan, no son frecuentes en estos tiempos, cuando la victoria, más que al denuedo, se confía al poder de artefactos destructores. ¡Y, sin embargo, á diario leemos verdaderas hipérboles en las narraciones de pruebas de valor de alemanes y franceses! ¡No andan perezosas nuestras plumas para encomiar el esfuerzo ajeno! Dijérase que en esta guerra se ha dado á conocer el heroísmo, pero que el efectivo no suele ir en la compañía de armas que alcanzan á varios miles de metros de distancia y utiliza poderosos medios de defensa. Verdadero heroísmo fué el de aquellos nuestros abnegados compatriotas, que en una luminosa mañana de Julio salieron de Santiago de Cuba, con unos cuantos barquichuelos, para resistir el fuego de la flota yanqui. En el heroísmo el valor supera á los recursos. No hay generosidad en el potentado que prodiga el dinero; la hay en el infeliz dispuesto á quedarse sin la última moneda que posee, para cumplir sus obligaciones.

En la guerra actual la victoria no puede ser el premio merecido por el valor; los combates que se libran, más que comentarios ardientes sugerirán en lo futuro frías disertaciones científicas, y la crónica en vez de odas fogosas al hermoso sacrificio por la Patria, escribirá dictámenes extensos acerca del poder de la artillería, de los medios con que se aumenta su alcance y de los elementos químicos con que se puede acrecer la fuerza devastadora y mortífera de los proyectiles.

Si el valor no es decisivo para obtener la victoria ¿lo serán la resistencia material, la cantidad de dinero y de energía suficientes para conservar sobre las armas el número indispensable de soldados, y á las poblaciones pacíficas con lo preciso para sostenerse? Así se deduce de cuantos datos suministra la prensa referentes á los gastos hechos por las naciones beligerantes. De Inglaterra se sabe que emplea diariamente un millón de libras esterlinas, y que sus gobernantes calculan que acaso sea preciso elevar la cifra á dos millones. De los Estados Unidos partieron hace poco para Francia mercancías y material de guerra valuado en bastantes centenares de millones de francos. Alemania, mucho más rica de lo que se suponía, también invierte en cada veinticuatro horas verdaderas y fabulosas fortunas. Es decir, que además de la

sangre se prodiga el oro; se extingue lo más granado de las naciones poderosas y se consumen sus caudales. La destrucción es general y completa. Así se explica que sus estragos alcancen, no sólo á quienes pelean, sino á los mismos que viven en paz.

Por todo lo cual no es aventurado suponer que la victoria, no será de nadie, porque resultarán maltrechos, extenuados, agonizantes, los combatientes y los que se limitan á mirar sus proezas. La paz no se impondrá por una intervención afortunada ó influyente; ni por la indiscutible supremacía de un elemento en lucha, ni por una acción decisiva y arrolladora. La paz vendrá por aniquilamiento, porque las fuerzas físicas y las morales se hayan agotado; porque la juventud consuma todas sus falanges y la riqueza todos sus tesoros. No habrá ni triunfo glorioso ni noble derrota; ni sublime gesto de vencedor, ni altivo acatamiento á los designios de la suerte. La paz no ha de ser acogida con clamores entusiastas de los que preponderan, y con resoluciones regeneradoras de los



GENERAL ERICH VON FALKENHANN
Nuevo jefe del Estado Mayor alemán

sometidos. Todos quedarán, sobre poco más ó menos, iguales; habiendo entregado á la tierra centenares de miles de criaturas que eran el orgullo, la alegría, la esperanza, el sostén de centenares de miles de hogares; con los campos yermos, á pesar del copioso abono de sangre humana que reciben; con las fábricas deshechas; los negocios en quiebra; los bancos desacreditados, y en absoluta paralización las naciones.

¿Que todo eso se repara? Es verdad; nuevas generaciones suplirán á las fenecidas y nuevas criaturas despertarán en los hogares alegrías, que acaso siegue en flor, allá dentro de medio siglo, la locura de un monarca deseoso de hacer perdurable su memoria, á costa de la Humanidad. Las fábricas destruídas se alzarán de nuevo y las paralizadas entrarán en movimiento. El crédito renacerá, los capitales otra vez fortalecidos, darán pábulo al comercio y á la industria. Pero todo eso es obra del tiempo. No se produce en unos meses, en un par de años. La convalecencia será tan peligrosa como la enfermedad. De los actuales estragos no han de reponerse fácilmente los pueblos que los sufren. Por ello digo que no debe esperarse una victoria decisiva, resuelta, de las que dan grandezas á quienes las alcanzan y saludable reacción á cuantos las padecen.

Hay, en cambio, con la guerra actual visibles y tremendas derrotas. Quedan vencidos ciertos generosos ensueños que pintaban al hombre dócil á los requerimientos del ideal, y por completo adusto para las imposiciones de la fuerza. En asambleas, en fiestas, en banquetes, hasta en el ardor de levantamientos populares, se proclamó millares de veces que era preciso pensar en la paz universal, ligando á los hombres con los perpetuos intereses de la fraternidad, y al sonar la hora de la lucha, cada rebaño corrió al lado de su pastor, para que le condujese al sacrificio.

Derrotada puede considerarse á la diplomacia, que á varias naciones ni siquiera les ha servido para enterarse bien de cuáles eran los propósitos de las contrarias, con qué medios contaban y qué actitudes adoptarían en llegando la ocasión del conflicto.

Los ilusos que suponían á emperadores y reyes bien dispuestos para someterse á la voz paternal de quien con autoridad bastante podía aconsejarles, ya están convencidos de que los poderosos de la tierra, sólo miran á su interés y que si lo consideran conveniente desnudan la espada, desoyendo exhortaciones dignas del mayor respeto.

La fuerza de la razón ha quedado vencida, asimismo como la del derecho. Está destruído el baluarte moral con que los débiles se defendían de los fuertes. Se han disipado con el humo de la pólvora, teorías, ilusiones, sentimientos que eran honor, esperanza y prestigio de la humanidad. No se sabe de cierto quién será el vencedor en la guerra que ahora nos conmueve; se sospecha que ninguno de los beligerantes podrá jactarse de quedar victorioso; pero se tiene por bien averiguado que está del todo vencida la civilización, obra de siglos y de muchas generaciones; resumen del esfuerzo gigantesco y perseverante realizado por el pensar y sentir de quienes hablando lenguas distintas, se entendían con el idioma único del progreso. Cuando cesen las batallas será cosa de pedir que se conceda el triunfo á quien más lo merece, que es el bien del mundo. En la Asamblea de la paz no se tratará solamente de arreglar las diferencias entre los beligerantes, sino de disponer de la suerte de cuantos hombres de buena voluntad hay en tierras civilizadas. Si en lo sucesivo ha de ocurrir otra vez que cuando un pueblo chico le estorbe á un pueblo grande, quede suprimido, ya saben todos que el único camino es el de ser fuerte, porque ya ni siquiera preserva de los atropellos la amistad de los poderosos, que suelen tener bastante con cuidar de sí mismos. Entonces, de prevalecer el criterio belicoso, deben las Naciones disponer que el mayor caudal de sus presupuestos se invierta en medios defensivos.

Si triunfa, como debe triunfar, el espíritu moderno y las universidades, las escuelas, la ciencia y las artes, la cultura, en suma, se encargan de regir los países, consiguiendo que su prosperidad no quiebre como ahora ha quebrado, por el ímpetu de las pasiones, entonces cantemos victoria, pero asegurándola bien, para que no se repita la sorpresa padecida en el fatal año que murió.

Debemos poner en ello el mayor entusiasmo. Tal es la victoria que apetece nuestra situación. Si la furia de las armas encontrase en cualquiera de los bandos que la esgrimen las satisfacciones que acarrea el vencer, entonces ¿quién se atrevería á pedir que se renovara el amor hacia bellas teorías, aspiraciones generosas, ilusiones humanitarias que ahora han perecido entre estampidos, incendios, ayes de dolor y gritos de muerte?

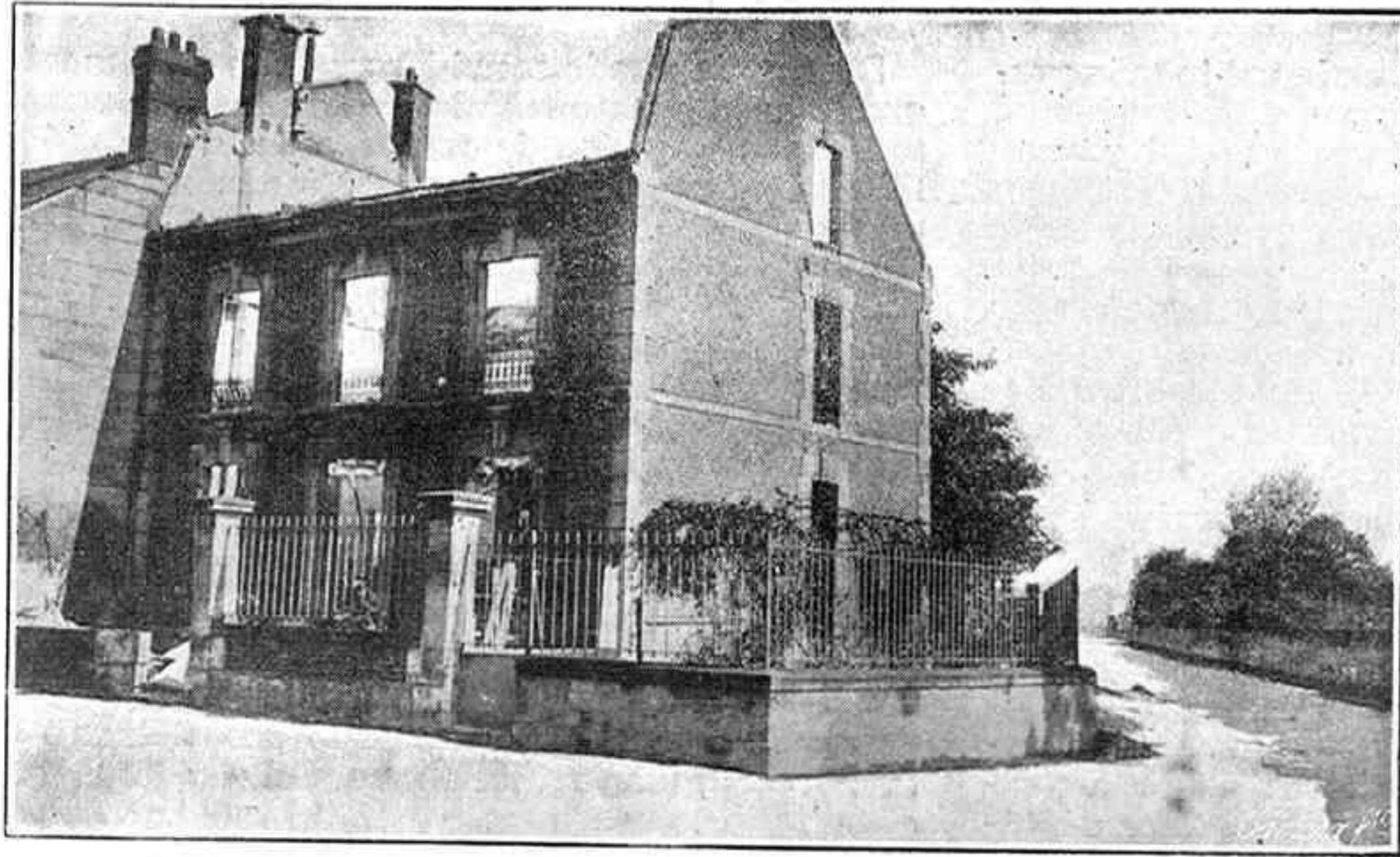
¿Triunfarán ahora como en lo antiguo la soberbia, el empuje bélico, la suerte de los emperadores sobre los imperios ó la de los magistrados sobre las repúblicas? ¡Ah, pues entonces, renúnciese á seguir cantando endechas á lo que no tiene realidad y guárdense sus mentidas soflamas quienes con ellas alucinan á las muchedumbres!

¿Triunfará el sentido idealista que exige á la humanidad un constante y mutuo amor, una perpetua cordialidad para que junta vaya á la conquista de lo porvenir? Pues entonces amortiguemos el entusiasmo con que defendemos ahora los motivos que tiene para quedar victorioso el que destruye y mata.

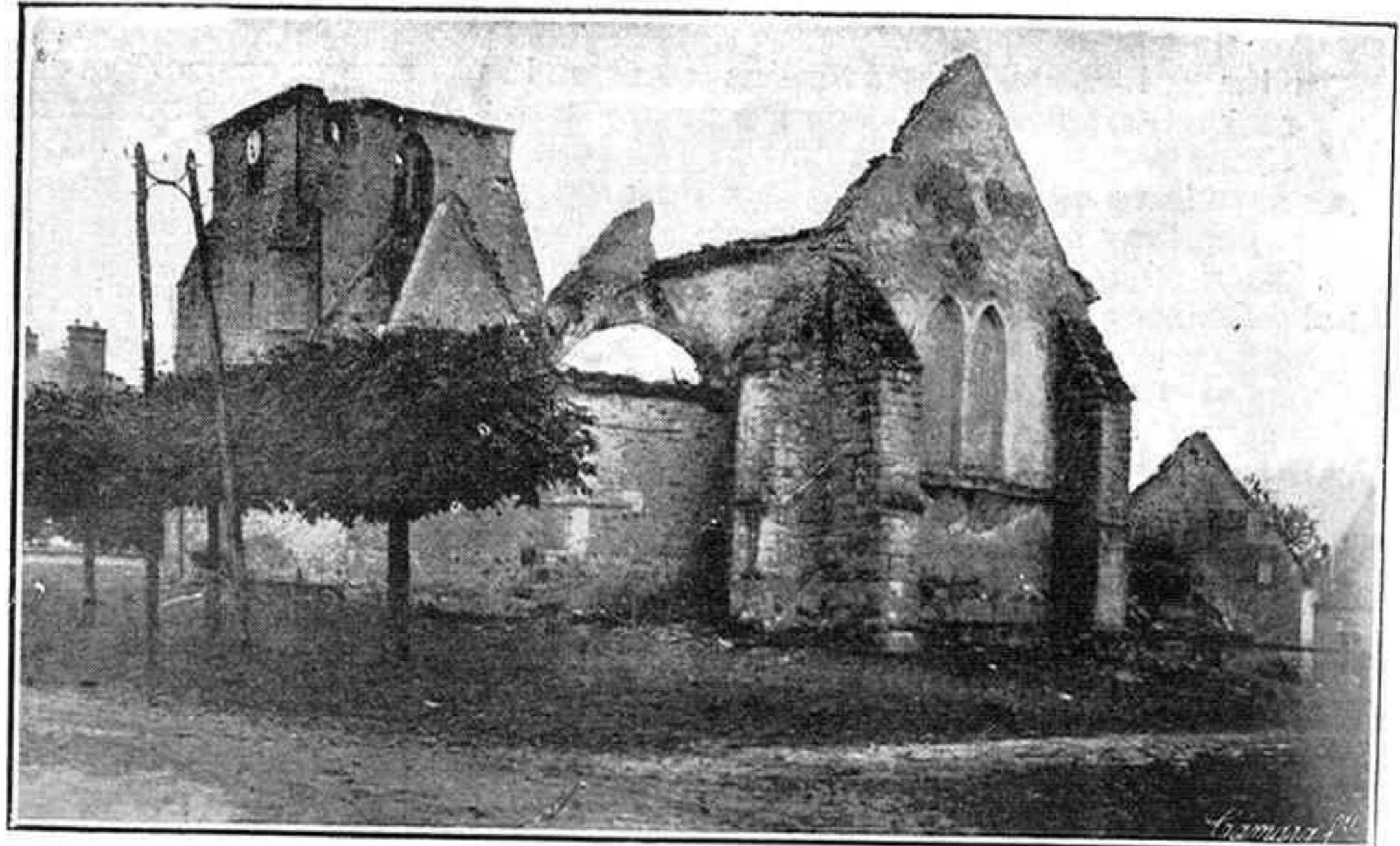
Pensando en lo que está hundido y derrotado, puede colegirse cuál victoria es la que importa. Si se consigue la útil, podrán hallar consuelo los pesares que sufrimos. Si no se logra, dirá la historia de este siglo, en lo futuro, que disipó cruelmente el patrimonio de sus antecesores y que no tuvo alientos, ya comenzada la ruína, ni para intentar que se rehiciese el caudal de grandezas destruído en unos meses de espantoso delirio.

J. FRANCOS RODRÍGUEZ

ENTRE LAS RUINAS DEL MARNE



Casa de Crell, destruida por el bombardeo



Ruinas de la iglesia de Villeneuve

CUATRO días llevamos recorriendo las regiones en las cuales se desarrolló la inmensa tragedia del Marne y en todas partes el mismo espectáculo nos sorprende: un espectáculo de desolación, de luto y de miseria, suavizado por la incurable sonrisa de la raza. ¡Sublime pueblo francés que, aun en los días más dolorosos de su historia, cuando el invasor huella aún su suelo, cuando las llamas de los incendios devoran aún sus tesoros, cuando sus campos están aún cubiertos de cadáveres, encuentra aún la fuerza de sonreír! Ha bastado que una promesa de victoria ilumine el alma de la patria, en efecto, para que todos, hombres como mujeres, ancianos como niños, olviden sus penas y gocen de la esperanza.

—Ahora—dicen los aldeanos de la Brie y de la Champaña, después de referir lo que padecieron hace tres meses—, ahora ya no hay peligro de que vuelvan...

Y esta sola idea los consuela, los anima, los calma, los enardece. La misma avaricia, que es el mayor defecto ó la mayor virtud del campesino que baña la tierra con el sudor de su frente, desaparece en la tormenta actual. Todo lo que tienen lo ofrecen para continuar la lucha y alcanzar el triunfo definitivo. Han dado sus hijos, lo que no es mucho. Han dado su trigo y sus caballos, lo que es más. Que venga un día difícil para el Estado y darán también los viejos escudos rubios que guardan de generación en generación enterrados en un rinconcillo de sus chozas al abrigo de las tentaciones y de las codicias. Los grandes bueyes blancos de la canción de Béranget, no son ya el amor más grande de esta gente. Por encima de ellos, que representa el tesoro egoísta, está la Francia, la sagrada Francia que sangra.

Hace un instante nos detuvimos en Allemont con objeto de contemplar desde las alturas los inmensos pantanos en los cuales la guardia prusiana sucumbió heroica y lastimosamente. El capitán Walotte, nuestro docto cicerone, explicábanos la maniobra que había permitido á las tropas francesas detener en aquel punto, gracias al tiro de su artillería, el avance alemán que amenazaba á París. Durante cinco días, la minúscula aldea vivió en medio de una tempestad de metralla. En la llanura, hasta lo infinito, las cruces rústicas anuncian piadosamente las fosas en que duermen su sueño eterno los soldados

mueritos por el Emperador y los soldados muertos por la República. Poco á poco, lo mismo que en las demás localidades por las cuales pasamos, los niños del lugar acudieron algo inquietos para rodearnos. Los dos mayores, un chico de diez años con grandes ojos claros y una niña apenas mayor, linda cual una flor silvestre, nos indicaban con el dedo los sitios que habían ocupado los cañones.

—¿Dónde estabais vosotros durante la batalla?—, les preguntamos.

—En la cueva, escondidos—nos contestaron.

—Entonces, no pudisteis ver nada.

—Sí—murmura la niña.

Y el chico, mirándonos con malicia, agrega:

—Cuando mamá se quedaba dormida, salíamos para ver el fuego... Eran como relámpagos y truenos, pero más grandes...

—¿Cómo hacíais para comer?

—Entonces teníamos de todo, porque no se lo habíamos dado á los soldados... Ahora ya no...

No hay aldea que deje de ofrecer á los hombres que luchan lo mejor que tiene. El soplo ad-

aventuras guerreras, que medio siglo de paz parecía haber matado en los corazones, despierta á la voz del cañón con todas las gentiles inconsciencias y con toda la bonachona generosidad de los tiempos épicos. ¡Qué cierta es la teoría de Gustave le Bon, según la cual las razas, á pesar de sus aparentes transformaciones, son siempre, á través de las edades, las mismas. En una granja, esta mañana, un viejo campesino nos enseñaba, en los troncos de los árboles, las huellas de las balas. Arrugado y encorvado parecía incapaz, ya no sólo de energía, sino hasta de resistencia física. Al buscar los agujeros en las cortezas de los manzanos, sus pobres manos temblaban, su voz era caduca y su palabra tarda.

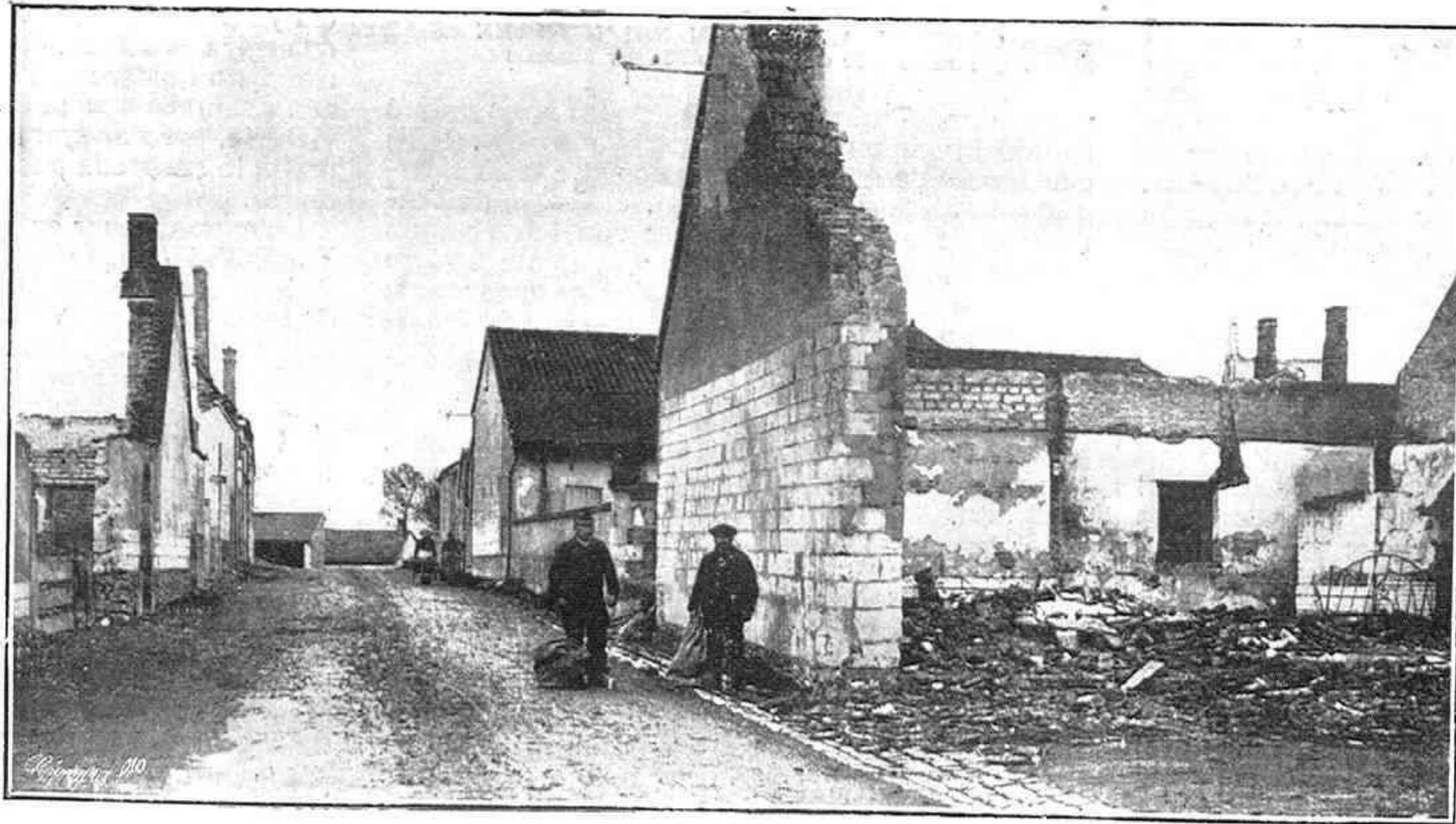
—Como ya no veo bien—decíanos—no pude distinguir á unos cinco hulanos que se colocaron allá en frente, bajo aquellos chopos, y me preguntaba de dónde demonios podían así llegar hasta aquí las balas. Mi vieja, siempre temerosa, creía que los tiros iban á atravesar la puerta y á matarnos á los dos. Cada disparo producía un

choque en el huerto y hacía saltar á la infeliz. Yo le dije: «No hay que tener miedo, vieja; en 1870 yo también tiraba y ya ves que no me pasó nada; todo está en la voluntad de Nuestro Señor Jesucristo». Pero ella no quería quitar la vista de la ventana, preguntándome si la puerta de la granja estaba bien cerrada. «Voy á ver», le contesté, y me salí por ahí fuera; y no más al poner los pies en el huerto, ¡pan!, una sacudida aquí en el costado... Al primer instante no me di cuenta... Pensé que era una pedrada... Después, comencé á sentir calor, y después me sentí mojado... ¡Alabado sea Dios!, ¿si será algún rasguño?, pensé. Y era una bala que me había atravesado todo

el cuerpo, aquí, junto á la cintura... Cuando uno es viejo, no le gusta morir, como los muchachos que no saben lo que es el mundo... Y además, mi vieja no me tiene más que á mí desde que se nos fué nuestra hija... «No es nada—le dije—no hay que tener miedo; voy á ver las gallinas». Así me fuí á casa de mi compadre Félix, por aquí detrás y allá me curaron... Ocho días de cama... ahora ya estoy bueno...

—¿No sufrió usted mucho?— le preguntamos.

—No—nos contestó—; los alemanes no son capaces de matar á un viejo de la guerra del 70...;



Aspecto de la calle de Sommesois

mirable de hermandad que en las altas esferas políticas ha convertido el país más dividido en la nación más compacta, adquiere en la modestia de la existencia del pueblo, formas enterneedoras de humanidad. El fusil y la bayoneta no inspiran ya miedo á ningún chiquillo. En los hogares miserables, junto al fuego que reconforta á los labradores, los puestos mejores son para que los «pioupiou» sequen sus pantalones rojos refiriendo alegremente historias que hace algunos meses hubieran hecho temblar de espanto y que hoy parecen acontecimientos ordinarios casi insignificantes. La bravura y el amor de las

como vuelvan por aquí, con la escopeta los hago salir corriendo...

Al fin, con voz más firme:
—Mas no volverán con la carrera que dieron. Por todas partes la impresión de que la retirada del Marne fué para los alemanes una derrota vergonzosa, anima á los campesinos. En vano los militares que pasan por aquí les explican con la noble franqueza de todo francés culto que aquello no fué una derrota, ni menos aun una huida, sino una «retraite» estratégica, después de cinco días de un combate desastroso, pero honroso. El pueblo no entiende de estas sutilezas. Habiendo visto á las tropas de Von Klück y de Von Bulow retroceder precipitadamente con sus uniformes llenos de lodo, con sus rostros llenos de espanto, con sus carros llenos de heridos, están ciertos de no equivocarse.

—¡Si los hubiera usted visto cuando iban seguros de llegar á París, lo orgullosos que marchaban, y luego cómo regresaron para pasar escapados, volviendo á cada instante los ojos hacia atrás, se hubiera usted reído del cambio!—exclamaban.

Lo triste ¡ay! es que todas estas imágenes de heroísmo y de alegría, se desvanecen apenas contempla uno las ruínas amontonadas á lo largo de las rutas, apenas escucha las historias de las pobres mujeres enlutadas que buscan un refugio en las ciudades, apenas se detiene ante los campos cubiertos de tumbas, apenas ve, en las márgenes de los ríos, los escombros de los puentes... ¡Ah, cuán diferente es la guerra vista de lejos, con sus grandezas, con su estrépito, con su belleza teatral, con sus magníficos toques de clarines, y la guerra vista de cerca con sus miserias, con sus atrocidades, con sus llamas, con sus gestos dolorosos, con sus muertos que se pudren en las trincheras abandonadas!... Ahora mismo, en un campo de batalla de las cercanías de Meaux, acabamos de sentir el más horrible de los escalfíos. El capitán Walotte hacíanos admirar el ingenioso arreglo de los fosos que aún quedan abiertos y en los cuales los soldados, ocultos para tirar, se fabricaban bancos para sentarse. Al acercarnos á un bosquecillo en que unas cuantas cruces marcan las sepulturas de los que sucumbieron luchando bravamente, dos perros enormes salen huyendo con un hueso entre los dientes. M. de Jessen, el corresponsal dinamarqués, que ha visto las grandes guerras modernas, nos dice:

—En Manchuria, en los Balkanes, en todas partes, he encontrado á los mismos perros hambrientos que desenterran á los muertos para devorarlos.

¡Y los cuervos, Dios mío!... La comarca entera está llena de vuelos negros! Detrás de los ejércitos, aquí como en la India, las aves de la muerte se ciernen innumerables, esperando su macabro festín, graznando para celebrar la absurda locura del hombre. El capitán nos hace observar el cuidado piadoso con que el pueblo francés, para evitar las profanaciones, cava y adorna las tumbas de sus héroes. A cada vuelta del camino entre los inmensos árboles heridos, los cementerios improvisados se extienden á pérdida de vista. En cada paso hay una cruz, una inscripción, un ramillete de flores campestres. Los campesinos han recogido los quepis rojos de los soldados, y los han colocado sobre las cruces. De trecho en trecho, una banderita tricolor ondea al aire frío del invierno. De lejos, diríase, un campo de amapolas sangrientas. Y todas estas necrópolis son iguales, en todas se leen los mismos nombres anónimos, todas tienen el mismo aspecto desolado. Lo que ayer era granero de vida, hoy es un osario. En su religioso respeto de la muerte, los labradores no siembran donde las cruces

se alzan. Resignados á no ver el trigo crecer el año próximo, se inclinan silenciosos, y oran. ¡Ah, la paz siniestra de lo que fué un verjel! Nosotros también oramos en las campiñas santas. ¡Por los de aquí y por los de allá: por los que sucumbieron luchando; por los pobres soldaditos que cayeron, una tarde como esta, bajo este cielo, y que no volverán á ver sus hogares, Padre nuestro que estás en los cielos, sé misericordioso; y si la gran tragedia que destruye tu obra provoca tu justa cólera, no los culpes á ellos, que ofrecieron el holocausto de sus vidas en aras de un ideal, sino á los que movieron sus brazos inocentes!...

¡Ah, y después de todo, quizás son los muer-

granjas calcinadas. No hay tiempo para llorar cada ruína. ¡Son infinitas!... Es Poligny, menos infeliz que sus vecinos, puesto que aún le quedan algunas casitas intactas; es Charleville del Marne, con su iglesia desmantelada; es Oyes desierto, muerto y negro; es Creil, es Choisy-aubac, es Sommesous; es el pacífico Le Recondé, donde no se disparó un solo tiro, y que, sin embargo, los prusianos incendiaron casa por casa, granja por granja; es la Villeneuve y su bella iglesia, de la cual sólo quedan los muros calcinados; es Chatillon-sur-Morin, nido de poetas y de pintores, rincón de idilios entre las parras, y en donde ¡ay! hasta las parras han sido quemadas; es Borest, cerca de Senlis, el trágico Borest que parece revuelto y sacudido por un terremoto; es Reuves, es Verberie, es Courtacon; es Esternay destruido de un modo absoluto y completo como para cumplir alguna maldición bíblica; es Chaucouin; es Senlis; es Barcy, cuyo templo era una joya y que ahora no conserva sino una torre agujereada; es el Castillo de Mondement, donde el príncipe imperial se alojó dos días, y que ahora más parece una granja abandonada después de una catástrofe, que una casa señorial; es la antigua abadía de Saint Gond, en fin, cuyos restos humean aún...

No es posible dar un paso, sin encontrar una ruína.

Para ver por una ventana, lo que ha pasado en el interior de una quinta suntuosa, en medio de un jardín, nos paramos un instante. Digérase que no han sido las llamas las que han creado la desolación. He ahí un piano, en efecto, cuya madera sigue luciendo y he ahí una vidriera á la cual no le faltan sino los cristales. En el suelo, no obstante, los objetos más heterogéneos yacen rotos: platos, vajillas, estatuillas, sederías, faldas, regaderas, baules, libros, cacerolas... ¿Qué menos crueles se encarnizaron así en el nido de esta familia rica?...

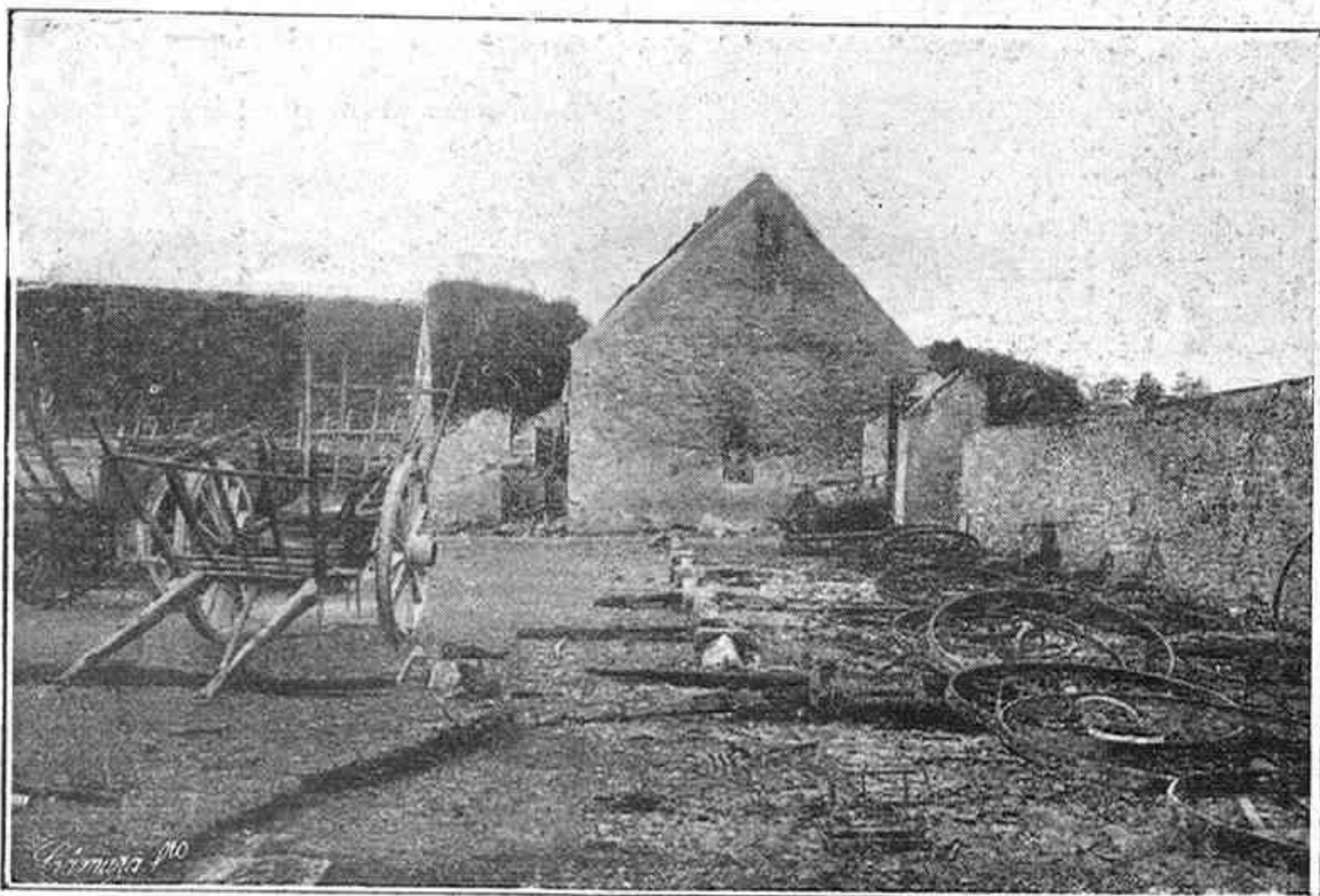
La respuesta es siempre la misma:
—Los alemanes.

Pero ¿es posible que un gran pueblo que ha dado al mundo sabios, poetas, legisladores, llegue así, en el vértigo de la lucha, á sobrepasar en ferocidad inútil á las hordas de los siglos más remotos?... ¿Es posible que los hombres que aprenden en Heidelberg, que imprimen en Leipzig, que inventan en Berlín, que comercian en Hamburgo, los hombres apacibles que se enternecen leyendo *Werther*, que palpitan oyendo *Parsifal*, caigan en los más odiosos excesos?

No; yo no quiero creerlo... Quisiera no creerlo... Y sin embargo, mudos y negros, los testigos están aquí, en los campos del Marne, enseñando las trazas de las llamas, del saqueo, de la crueldad... ¡Ah! ¡Y si las lluvias del otoño no hubieran borrado las huellas de sangre!...

Al salir de los campos de escombros y penetrar en los lugares que no han sido incendiados, la sonrisa de la gente me parece casi criminal.

¡Sonreír junto á tanto duelo! No es por falta de sensibilidad, empero. Cuando se trata de recordar los horrores sufridos, no hay rostro que no se crispe. En las pupilas, la visión de los aldeanos fusilados persiste, inborrable. Pero hay en los habitantes de la Brie y del Oise, algo de lo que se nota en los naufragos que, después de perder lo que poseían, logran salvarse. Y hay, también, lo que Rudyard Kipling llama «el invencible escudo de la Francia», la sonrisa que no es un signo de debilidad, sino de fortaleza, la buena sonrisa que oculta los grandes dolores, la sonrisa de Voltaire cuando destruye, de Bayardo cuando muere, de Renan cuando sufre... ¡Sublime pueblo, cuán mal te conocen los que no saben que tu sonrisa es la flor divina del verdadero heroísmo!



Borest.—Lo que quedó de un cobertizo, en el cual había catorce vehículos de labranza

tos los más felices!... Los hijos de estas regiones que vuelvan, más tarde, vencedores, no encontrarán nada de lo que dejaron en sus aldeas. Sus aldeas mismas sólo son, ahora, hacinamientos de ruínas. Las iglesias en que sus madres rogaron por ellos, se han hundido. Sus parientes, sus amigos, sus novias, nadie sabe donde viven, si es que viven aún. La guerra ha pasado cual un torrente de fuego por la rica Isla de Francia. Durante horas enteras, cuatro días, hemos visto el espectáculo de la desolación. Aquí ya no queda nada, nada: las cenizas mismas se las ha llevado el viento; y sin embargo aquí había una aldea feliz... Allá, una torre derruida, domina un montón de ruínas; no hay un techo, no hay una tapia completa; es Ribecourt... Algo más lejos, el río lleva en su corriente los restos de otro pueblo, como *épaves* de un naufragio... Y allá, en aquel siniestro valle ¿qué vemos?... Es Champguyon incendiado, desventrado, raído cual una decoración de teatro; Champguyon que tuvo fama de ser un paraíso campestre; el infeliz Champguyon amado de los pintores... ¡Qué pena tan honda!... Pero no nos detengamos ante sus



El histórico castillo de Mondement, del Marne, destruido por los alemanes



E. COMEZ CARRILLO

LA ESFERA

PÁGINAS ARTÍSTICAS



BOHEMIOS

Cuadro del ilustre artista Rafael Hidalgo de Caviedes



NUESTROS ARTISTAS

RAFAEL HIDALGO DE CAVIEDES



El ilustre artista Rafael Hidalgo de Caviedes, en su estudio



La personalidad estética de Rafael Hidalgo de Caviedes, es una de las más interesantes de nuestra época.

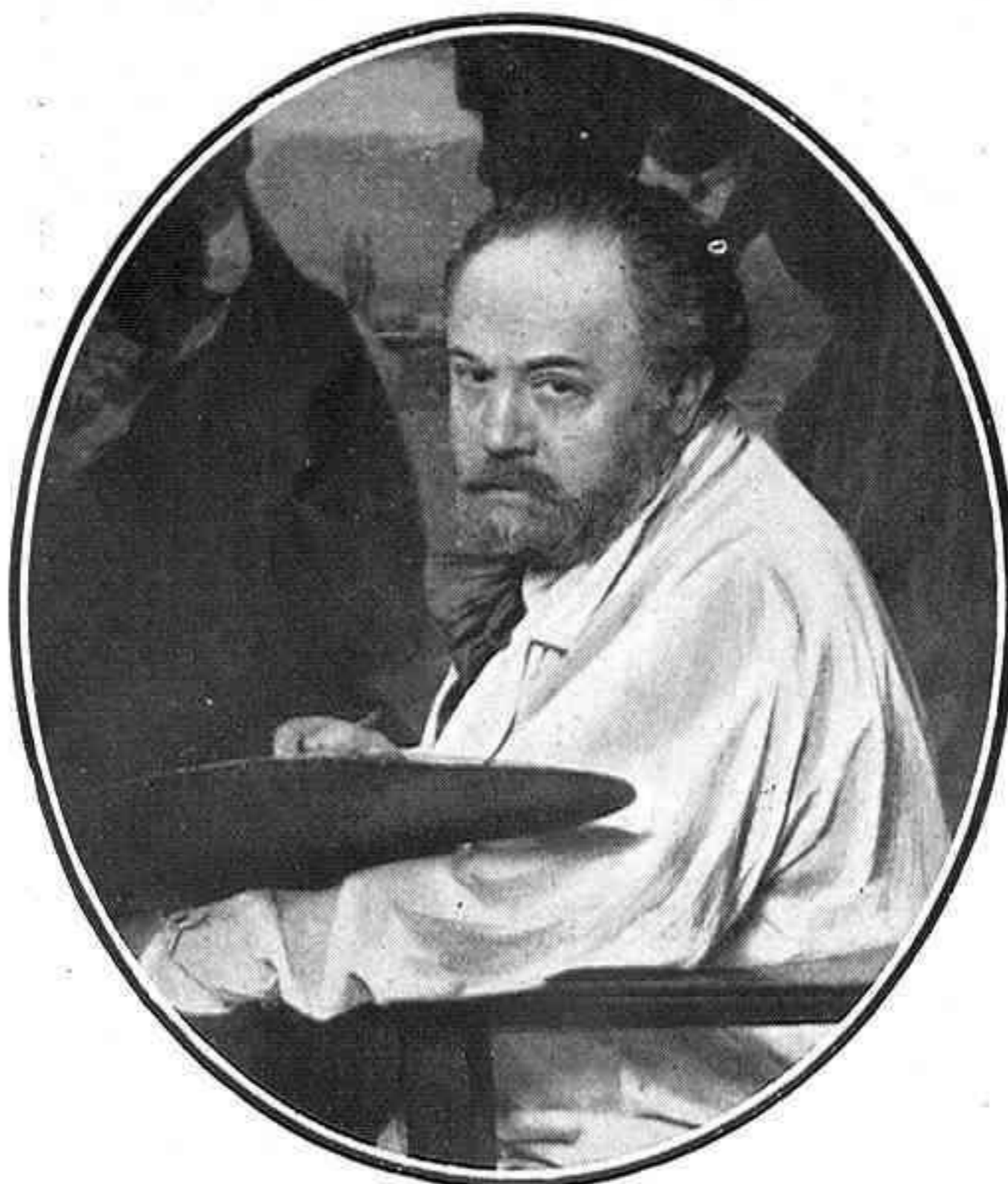
Poco á poco, con una tozudez y una confianza en sí mismo, merecedoras de todos los respetos, el notable pintor va alcanzando importantes premios, ha logrado reunir gran número de discípulos y ha conseguido que su nombre se cotice alto en los mercados artísticos.

Muy justo y merecido todo ello, pues, como decimos, Hidalgo de Caviedes ha llegado á conquistar sus laureles á fuerza de tesón y de entusiasmo por su arte, sin cejar un solo momento, en una de esas abnegadas existencias que, aquí en España, encanecen y desgastan prematuramente á los artistas.

La segunda medalla otorgada al tríptico *Las tres edades*, que puede contemplarse en el Museo de Arte Moderno, fué muy bien acogida por la opinión de profesionales y aficionados.

Es un lienzo en el que no se sabe qué admirar más si la riqueza y brillantez del colorido, la armonía y equilibrio de la composición, la delicadeza sentimental de la idea conceptiva, ó la soltura y rapidez de la ejecución.

Se trata de un lienzo que en la obra vasta de Hidalgo de Caviedes, ocupa un puesto de honor. No se puede recordar su obra entera, sin tener para esa página (que es como canto vibrante



RAFAEL HIDALGO DE CAVIEDES
FOTS. CAMPÚA

á la Naturaleza y á la Humanidad) un recuerdo placentero.

Lo que caracteriza preferentemente el arte de Hidalgo de Caviedes es la pincelada amplia, suelta, que al abocetar, presta carácter definitivo al cuadro, apenas comenzado.

Esta rapidez en manchar lienzos, la dominan y poseen pocos, como Hidalgo de Caviedes, y le presta á sus figuras de gitanas, zíngaras y húngaras, que con tanta preferencia á otros asuntos interpreta, una vida y animación extraordinarias.

Rafael Hidalgo de Caviedes tiene otra interesante significación en la pintura española contemporánea, de gran utilidad para nuestro arte.

Es conservador del Museo de Arte Moderno. Comparte con el ilustre maestro Ferrant la difícil tarea de la colocación, distribución y ordenación de cuadros en la notable pinacoteca del Palacio de Biblioteca y Museos Nacionales.

Delicada é importantísima su misión, nos parecen pocos cuantos elogios se le prodigan en este sentido, y téngase muy en cuenta que la salita última donde—como preciado perfume en artístico pomo ó riquísima joya en bien cincelado y áureo cofrecillo—se conserva escrupulosamente un buen pedazo del actual renacimiento pictórico español, se debe á iniciativa del notable artista.

SILVIO LAGO

C U E N T O S E S P A Ñ O L E S



Varela de Seijas

EL HIJO

Don Moisés venía corriendo hacia su casa, llevando un bulto entre los brazos. Doña Piedad, su mujer, que aguardaba ansiosa en la puerta, salió a su encuentro.

—¡Moisés, Moisés! ¿Qué ocurre?

—Nada, mujer, tranquilízate. Ya no hay que pensar en la huida. El pueblo acaba de rendirse.

—¡Dios mío!...

—Ayúdame, que yo ya no puedo más... Traigo a un pobre muchacho herido...

—¡Pobre criatura!...

Y, ayudando a su esposo a transportar la carga, penetraron en la casa, toda ella de planta baja.

La noche cerrada, de Diciembre, era oscura como boca de lobo. El frío amorataba las manos. Un gran silencio trágico había sucedido al estruendo de la metralla. La plaza, rendida, mostraba la inmensa desolación de un osario. Los muertos sembraban las afueras de la ciudad. Algunas casas incendiadas por el invasor, trazaban en el aire negro la roja zarabanda de sus llamas.

Las manos piadosas de ambos viejos habían, cuidadosamente, colocado en el vetusto sillón fruiluno al muchacho herido. La lámpara familiar, colgante sobre la mesa, le iluminó el rostro.

Era un rapaz de trece años escasos, moreno, cejijunto, de áspero gesto y vivos modales. Apenas le acomodaron, revolvióse en el asiento mirando a todos lados. Demostraba ser un rebelde, de innata condición bravía.

—¿Dónde te duele? Aquí, ¿verdad? ¿Estás herido en alguna otra parte? Veamos.

Y mientras doña Piedad ordenaba a su sirviente que preparase una cama, don Moisés reconoció el cuerpo del rapaz, cubierto por derrotadas prendas. No existía ninguna otra lesión. Estaba herido de bala en el brazo izquierdo, del que manaba abundante hemorragia, sin que, al parecer, hubiera la herida interesado el hueso. Ayudada por su esposo, doña Piedad lavó la herida y vendó el brazo del chiquillo.

—De buena te has librado, criatura. Han podido matarte. ¿Pero cómo estabas tan cerca del lugar de la lucha? ¿Qué te había llevado allí?

El muchacho clavó con sorna sus pequeños ojuelos foscos en el semblante de don Moisés.

—¿Cerca, eh? ¡Como que estaba en primera línea!

Doña Piedad exclamó:

—¡Desgraciado! Para dejarte allí la vida.

El rapaz repitió el gesto socarrón.

—¡La vida! ¿Y qué importa eso?

Ambos viejos miraron al rapaz con vivo asombro.

—¿Pero es que tú también te batías?

—El fusil lo he perdido. Pero aún me queda ésta.

Y, metiendo la diestra en el bolsillo de la chaqueta, sacó una pistola.

—A más de cuatro he tumbao con ésta. Y si no hubiera sido por el porrazo que me di en la

cabeza, no sé cómo, y que me atontó totalmente, y aun me duele, pues que me meriendo a otros cuantos. ¡Cochinos!... ¡Ladrones!... ¡Venirse a casa de uno, a un pueblo que no se mete con nadie, a quitarle a la gente el pan y la vida! ¡Qué lástima no haber podido barrer a todos de un trabucazo! En fin, el tiempo dirá... que ahora la plaza se ha rendido, pero ya llegará la revancha... Y lo que es yo a estos malditos intrusos he de darles lo que se merecen en cuanto salga a la calle, aunque me fusilen. ¡Por estas!...

—Pero, desgraciado, ¿todavía piensas en nuevas aventuras?

—¡No que no! En cuanto sane de esto, me voy a buscar a esos pillos, que bien cerca andan saqueando pueblos y quemando y arrasándolo todo...

No pudo seguir. La sangre perdida había empobrecido sus fuerzas. Sufrió un desvanecimiento. Doña Piedad se apresuró a servirle un poco de agua con coñac, y el muchacho reanimó.

—¡Animo, valiente!—dijole don Moisés.—Verás como en un par de días te pones bueno.

Doña Piedad preguntóle con cariño:

—¿Cómo te llamas?

—Andrés.

—¿Tienes madre?

—Va pa un año que se murió.

—¿Y padre, tienes?

El rapaz se encogió de hombros. Luego dijo:

—No lo sé.

Doña Piedad y su esposo se miraron con tristeza, y fueron después sus miradas á posarse juntas en el muchacho. Les inspiraba infinita lástima verle solo en el mundo, y tan arisco de condición, que por nada parecía mostrar apego.

—¿De qué vives tú?—preguntó don Moisés.

—Vendo periódicos.

—¿Y no sientes afición por algún oficio, por alguna cosa determinada?

Se encogió de hombros.

—Por lo visto—repuso don Moisés explorando la psicología del muchacho—¿tu única afición es la guerra?

Se le encendió una chispa en los ojos.

—Sí, señor, me gusta matar, ¿á qué negarlo? Se me figura que matando gente me vengo del mal que me han hecho... yo no sé quiénes. Creo que es lo único que deben hacer los pobres: matar... ó que los maten. La vida no vale un comino pa el que no tiene nada. Matar... ya es hacer algo.

Doña Piedad y don Moisés se escandalizaron. ¡Ellos tan apacibles, tan benignos, tan suaves de espíritu, oyendo semejantes teorías de labios de una criatura! ¡Qué monstruos engendraba el abandono!...

—Hijo mío—dijo don Moisés con voz un poco trémula.—La guerra es la tristeza y para nadie puede tener ningún encanto, ni aun para el triunfador, porque la victoria de unos supone el dolor de otros. Tú no piensas en los muertos... en las mujeres, los viejos y los niños que quedan desamparados por culpa de la guerra. La guerra es absurda, hijo mío. En nombre de nada, de ninguna cosa, se debe matar. Dios nos lo dice en el quinto mandamiento. ¡Quién sabe si Dios pedirá es:recha cuenta en su día á los que tan fácilmente disponen de las vidas que deben amparar! La guerra es absurda para todo corazón sano, para todo entendimiento honrado. La Historia es un libro que los hombres debieran quemar, avergonzado, en vez de enseñarlo de generación en generación. Ese libro nos demuestra que la barbarie de los hombres es irremediable,

que la Humanidad nada ha progresado moralmente en veinte siglos.

El herido hubo de escuchar el discurso del viejo con mueca de ignorancia. Ni el menor vislumbre de todo aquello había iluminado su pensamiento.

Don Moisés agregó:

—Ya irás aprendiendo poco á poco. Eres todavía una criatura.

Como la doméstica hubiera terminado de preparar el cuarto que su ama le ordenase disponer, trasladaron al herido. Era un holgado dormitorio, enjalbegado y limpio, con una ventana al campo, hacia la parte de la ciudad que no había sido, para fortuna de sus moradores, teatro de la guerra.

Una vez instalado el pequeño héroe, dejaronle solo para que descansase, y los viejos tornaron al comedor. Doña Piedad dejóse caer en una butaca, quebrantado el cuerpo senil, conturbado el espíritu por las emociones sufridas durante tantas horas de sitio. Don Moisés asomóse un instante á la puerta de la casa. Todo seguía en silencio, como si la tragedia no hubiese batido sobre aquel montón de viviendas sus alas negras. La ciudad parecía dormir plácidamente mientras dentro de tantos hogares devanaba el Dolor, en su rueca invisible, el lino de la vida.

Agrupados bajo la lámpara, había en el semblante de los ancianos, á despecho de sus emociones, un dulce resplandor de paz.

Un reloj de pared, con isócrono latido, medía el tiempo gravemente, con esa melancolía con que cuenta las horas de los viejos.

El piadoso matrimonio ocupase de su huésped. Había que pensar en aquel muchacho. Hasta que por completo estuviese restablecido, le tendrían en casa atendido como un hijo. Y si él quisiera...

Ambos pensaron á un tiempo lo mismo. Si el muchacho quisiera... pues, se quedaría con ellos para siempre. Caridad sería amparar aquella vida misérrima que tan fácilmente podía claudicar.

Caridad sería darle pan y abrigo, amor y enseñanzas, que tan necesitado tenía el espíritu como el cuerpo. Caridad sería curar la incuria de su corazón, despertándole á nueva vida. Podían hacer de él un hombre bueno é inteligente que con un poco de cariño les pagase el bien recibido. Sería lo único bueno que la guerra—¡la maldita guerra!—les legase. Sería, al menos, el consuelo tardío de aquella ilusión de un hijo que durante toda la vida habían abrigado. Ya que no un hijo de la carne, tendrían una sombra de hijo, que les acompañase en sus últimos días, que cuando uno de los dos muriese, quedase endulzando la soledad del otro y le cerrase después los ojos...

Ambos viejecitos sonrieron ante tales perspectivas.

Antes de acostarse, entraron á ver el herido. Dormía profundamente. El gesto torvo, de rebeldía é ignorancia, parecía dulcificarse con el sueño.

Doña Piedad, antes de retirarse, le arregló las ropas de la cama.

—¡Pobre criatura!

Y salió suspirando detrás de su marido.

ooo

Durmieron dulcemente, sosegado el espíritu tras las inquietudes de la guerra.

Hacia el amanecer, doña Piedad, que soñaba, despertó con sobresalto, creyendo que el herido la llamaba.

—Moisés, Moisés... ¿has oído? Parece que llama el muchacho.

—Nada he oído. Pero vamos á verlo.

Cuando abrieron la puerta del dormitorio de su huésped, quedaron inmóviles, los ojos asombrados, las manos frías y temblorosas, lleno el corazón de indecible tristeza...

La ventana estaba abierta y el rapaz había desaparecido.

J. ORTÍZ DE PINEDO

DIBUJOS DE VARELA DE SEIJAS





FEDERICO VIII
Rey de Dinamarca



GUSTAVO V
Rey de Suecia



HAAKON VII
Rey de Noruega

**LAS ESFINGES
:: NEUTRALES ::**

FRENTE á esa tragedia europea, para la que no encontrará la Historia en ningún idioma calificativos bastante expresivos, se alzan, como en la avenida de entrada de un templo egipcio, las esfinges neutrales... ¡Nadie podrá leer el porvenir en sus miradas impasibles!

Italia y Rumanía, en primer término, parecen prepararse para la guerra; para intervenir en la horrenda contienda no se sabe á favor de quién ni contra quién. Llenan sus paneras, abarrotan sus parques, preparan sus movilizaciones y los más doctos en pleitos diplomáticos no saben definir si estas nuevas fuerzas irán á defender la causa de unos ú otros de los contendientes actuales. Tras ambas naciones, aparecen dos apacibles y minúsculos estados, educados para la paz, y conservados medio siglo entre las inquietudes bravías de Europa para recreo de los ojos de las manadas de turistas... ¡Suiza con sus montañas y sus lagos! ¡Holanda con sus aldeas pintorescas y sus canales rientes! Cercadas por la guerra, escuchando el fragoroso tronar de los cañones en Bélgica y en Francia, se ve á las dos naciones chiquititas arrebujándose en sus simbólicos trajes campesinos, estremecerse de espanto. El Destino, ¿tendrá reservada para ellas una hora de adversidad?

También cercada por la guerra, sintiendo al fiero y abatido turco resucitar sus iras; sintiendo al servo bravo recobrar sus ansias de expansión, mal saciadas en otra guerra reciente, Bulgaria que saboreaba las delicias de una doble victoria, teme que los laureles que reverdeció con la sangre de sus hijos, con nueva efusión de sangre se marchiten y que los territorios que conquistó y que ya creía en posesión segura, se litigen otra vez en los campos de batalla. Como ella, Grecia mira asombrada á la vencedora Turquía alzarse en armas contra los más grandes poderes de Europa, y no sabe en qué lado encontrará la garantía de su paz, de sus generaciones jóvenes diezmadadas, de su tesoro exhausto.

Al Norte, tres naciones llenas de espiritualidad y fuerza moral, más que cercadas, acorraladas por la guerra, ven su vida á merced de las iras de los contendientes... Sus dos mares, el del Norte y el Báltico, infestados de minas; sus puertos cerrados; sus fábricas paradas; sus mercados faltos de víveres... Los tres monarcas de estos tres reinos, únicos Magos de estas Navidades rojas, se han reunido en Malmö, con sus ministros, con sus séquito, como si quisieran encontrar la estrella de Oriente que ha de llevar á Europa hacia la Paz bendita. ¿Qué historiador de futuros siglos podrá narrar lo que han hablado y concertado Haakon de Noruega, Gustavo de Suecia y Cristián de Dinamarca? ¡Con qué tremenda emoción no se habrán referido estos reyes los peligros que corren sus

nacionalidades, sus pueblos, sus coronas! ¡Estos hombres fríos, impasibles del Norte, cuya reconcentración espiritual, cuya intensa vida interior no sabremos nunca adivinar los latinos, deslumbrados por nuestro sol radiante, por los azules intensos de nuestros mares, por los verdes claros de nuestras campiñas, que nos impulsan á vivir *hacia afuera*...! Allá en Burdeos, ese Gustavo de Suecia, siendo príncipe heredero y capitán ó comandante de un buque escuela de guardias marinas, unos guardias marinos, altos, secos, angulosos, fuertes, que parecían moverse por resortes como muñecos automáticos, se sentó á mi lado en una velada íntima, reservada y alegre con que nos obsequió el Comité de la Exposición que allí se celebraba. Unas *diseuses* y *chanteuses* encantadoras modularon sus gracias picarescas, las más reservadas de sus gracias, mientras nosotros bebíamos *champagne*, y Gustavo, miraba á todos con un asombro tan gentilmente candoroso, tan infantil, tan de niño bueno, que á algunos de los que allí estábamos y que á pesar de ser latinos teníamos un poco de corazón, nos daba pena contemplarle, esforzándose por sonreír, por parecer contento y alegre. No he olvidado nunca aquella mirada de mizdo, aquel parpadazo de terror tras los queve-

dos que tembaban como si tuvieran nervios. Seguramente, frente al mar airado, en el entrepuente de su buque, este hombre tendría una mirada impasible y serena!

Y al fin, en la larga fila de esfinges, aparece España. Nosotros mismos no nos damos cuenta de la evolución interna que en nuestra raza se va realizando, acaso porque como corresponde á nuestro temperamento la evolución es lenta y perezosa. Lo que es indudable es que nuestro parentesco espiritual con el pasado está roto; que no hay espiritualmente en nosotros nada del aventurero que fué á las Indias ni del guerrillero que luchó con las huestes de Napoleón, ni siquiera del chispero que se amotinó contra Esquilache por si las capas habían de ser largas ó cortas y aún menos todavía, de los patriotas que alzaban barricadas en la Plaza de Antón Martín. Otra España es esta.

Y más allá aún, otras esfinges impasibles que miran, acaso con lógico regocijo, aparte el dolor humano por las crueldades de la guerra, cómo lo más fuerte y rico y culto de Europa se desgarran y empobrece. Cuando aquí se lucha por la hegemonía del mundo, por el dominio de los mares, por la expansión en las tierras aún no civilizadas, ¿no esperarán los Estados Unidos que esa hegemonía y ese dominio pasarán á sus manos sin esfuerzo ni sacrificio suyo, por que al cabo de la guerra, ellos serán los más poderosos, los más fuertes, los más ricos que queden en el Orbe? Y cuando aquí se pretende salvar el pensamiento latino y su espíritu de libertad individual, frente á la metodización teutona, ¿no será esa formidable alianza de Argentina, Brasil y Chile, con sus inmensos territorios en que la población puede centuplicarse, la que reclame dar su alma joven al mundo viejo...?

Nadie podrá leer el porvenir en estas miradas impasibles. En las trincheras y en las cancillerías se está forjando un mundo nuevo y una nueva concepción de la vida.

Haakon de Noruega, Gustavo de Suecia y Cristián de Dinamarca, ¿han concertado una alianza de los neutrales para imponer la paz á las naciones enloquecidas por la guerra? ¿Acudirían á esta alianza las demás naciones que hoy callan y padecen resignadas, los daños económicos de la guerra, la paralización de su comercio, la amenaza del hambre? Y mañana, en el verano próximo, cuando los contendientes estén extenuados, ¿no sería posible que la paz se impusiera, con mandatos imperativos, con sometimientos inesperados? Pues qué, ¿la Historia humana es otra cosa que una prolija relación de imperios hundidos, de nacionalidades desaparecidas, precisamente, los imperios más grandes, los más fuertes, los que enloquecieron ante el ensueño de dominar al mundo?

DIONISIO PEREZ



Una vista de Malmö donde han celebrado su conferencia los reyes de Suecia, Noruega y Dinamarca

LA RIQUEZA ARTÍSTICA DE ESPAÑA



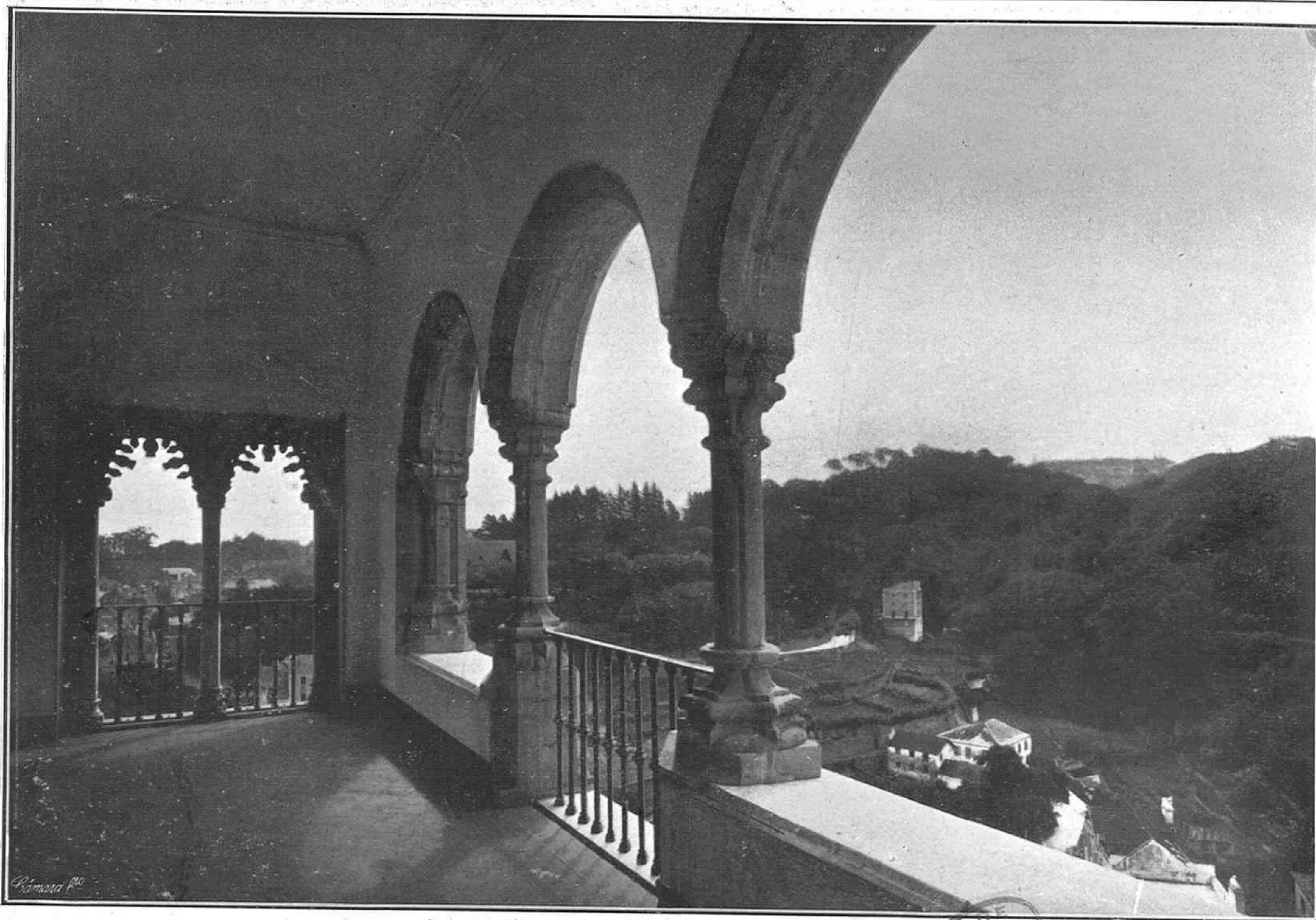
SAN JERONIMO
Escultura de Gaspar de Becerra, que existe en la Catedral de Burgos



FOT. VADILLO

MARAVILLAS ARQUITECTÓNICAS

EL PALACIO DE CINTRA Y LA TORRE DE BELEM



Vista desde uno de los miradores del Palacio Real de Cintra

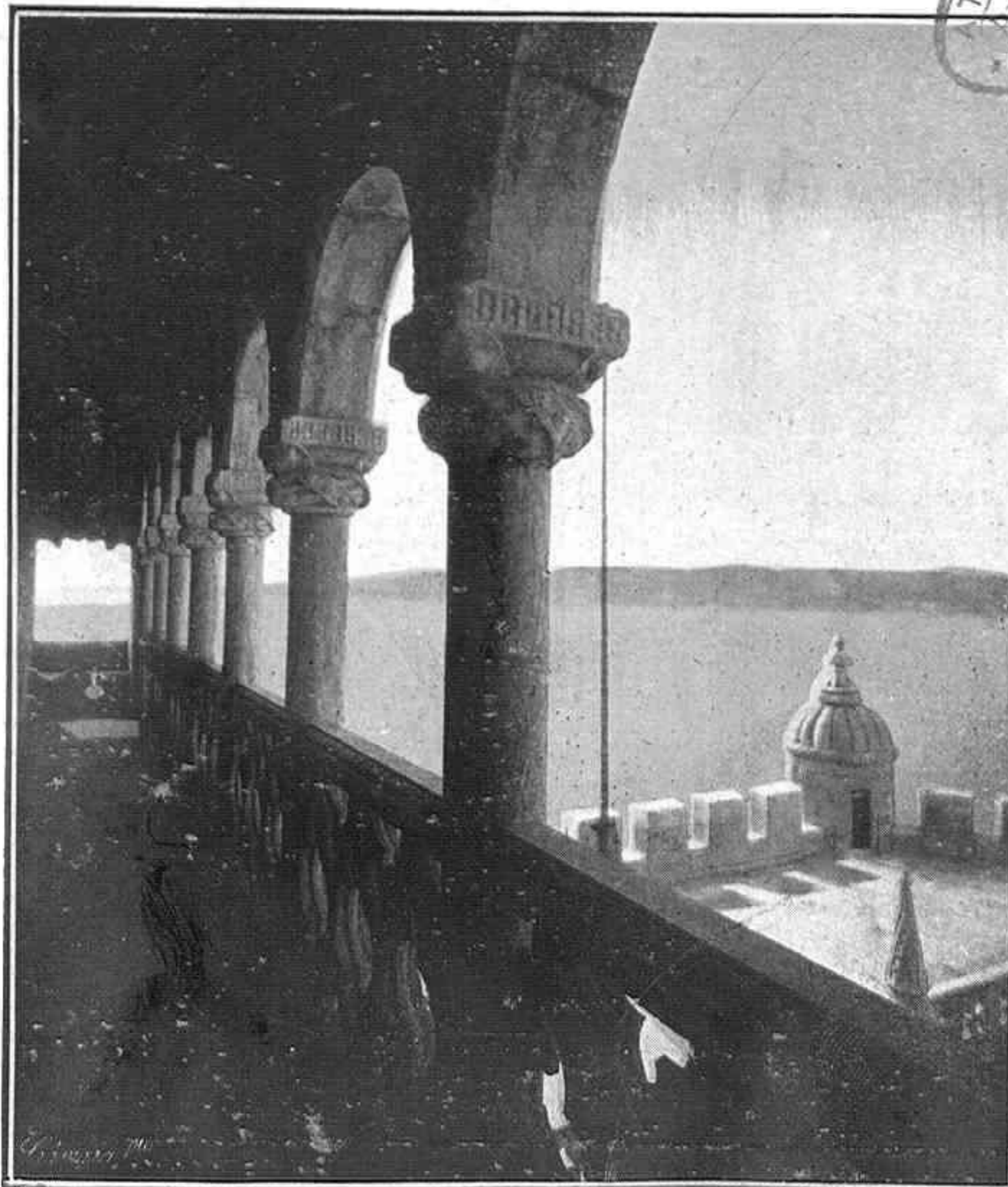
FCTS. ALVAO

PARA los aficionados á la contemplación de las grandiosas é inimitables creaciones de la naturaleza ó del humano arte en sus múltiples manifestaciones, el reino Lusitano es tierra que brinda con los más selectos y delicados manjares al espíritu.

Abundan en su campo los paisajes espléndidos, asombrosos por su feracidad y por las extrañas combinaciones que la Naturaleza, tan pródiga en elementos de belleza, acumuló para engrandecerlos.

Si para todo el que busca en la contemplación de hermosos panoramas el grato recreo de los ojos y del espíritu, ofrece la tierra lusitana tan abundantes y tan variadas perspectivas, á cual más grandiosas y admirables, mucho más sugestivas, mucho más atrayentes y encantadoras serán para nosotros, para todos aquellos españoles que al gozar de sus inimitables bellezas, puedan establecer la semejanza que ofrecen con las que en el territorio patrio les brinda también la naturaleza.

El viajero que desde las provincias gallegas pase á los pueblos portugueses, difícilmente podrá señalar la diferencia de perspectivas que, en lo político y en lo histórico, establecieron las fronteras, y aun observando las costumbres, los tipos, el carácter de las casas humildes de que están pobladas las campiñas, le sería difícil encontrar esa diferenciación que tan categórica y enérgicamente suele mostrarse aun en pueblos vecinos, que pertenecen á distintas



Una galería de la torre de Belem

naciones. La misma rudeza agreste del paisaje, cuya feracidad conquista los picos más altos de las montañas que se pierden entre las nubes, la misma caprichosa derivación de los abruptos peñascos, abiertos á ambos lados de la corriente de un riachuelo que corre sobre un lecho de piedras, ondulando, saltando, riendo, desgajándose en efervescencias de espuma, al chocar con los picos de las peñas, que se oponen á su alegre correr, las mismas casucas blancas y humildes, con sus cercados de ramaje, serpenteando por los montes, idénticos tipos de labradores trabajando en la tierra, en tanto que las mujeres cuidan de las faenas de la casa, y los chicuelos juegan al sol, y si el viajero se aproxima á una de aquellas viviendas campesinas y entabla conversación con sus moradores, hasta el habla portuguesa parece igual, por lo melosa y dulce, al gallego hablar.

El turista, el pintor, hasta el arqueólogo encontrará grandes semejanzas entre ambos territorios, porque si el paisaje ofrece parecidísimas perspectivas, la historia de uno y otro país tiene también grandes analogías. Aquellas ruinosas fortalezas que dibujan en el azul del cielo las almenas de sus castillos, ó las cúpulas de sus torres, parecen hablar de los mismos hechos guerreros que ensangrentaron las tierras castellanas en los pasados siglos. De ellos, también parece hablar al viajero que marche hacia Lisboa la torre de Belem, prodigio de la arquitectura portuguesa.

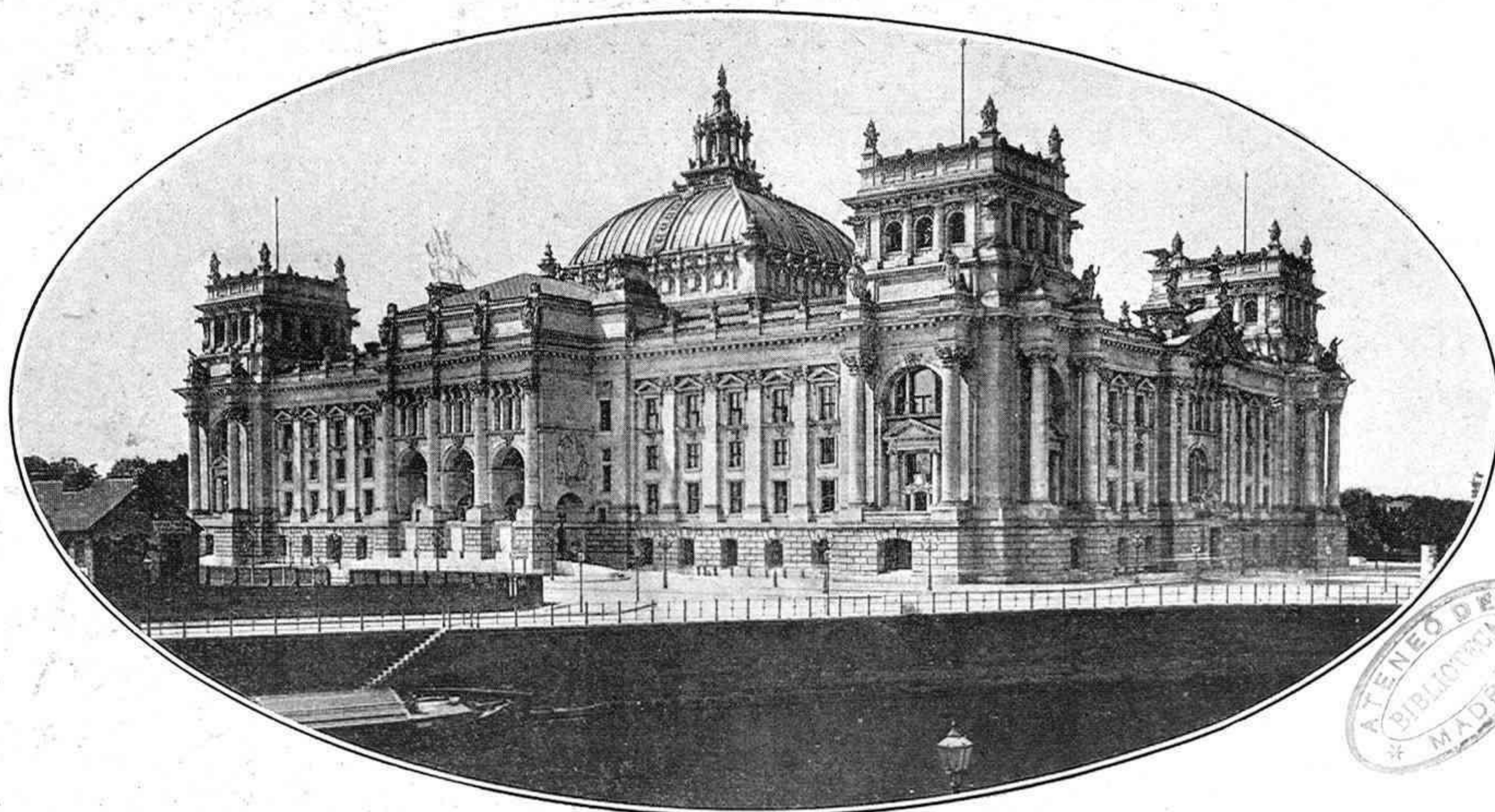
MONUMENTOS ALEMANES



ESTATUA DE BISMARCK, ERIGIDA EN BERLÍN DELANTE DEL PALACIO DEL REICHSTAG

ATEN D
BIBLIOTECA
MADRID

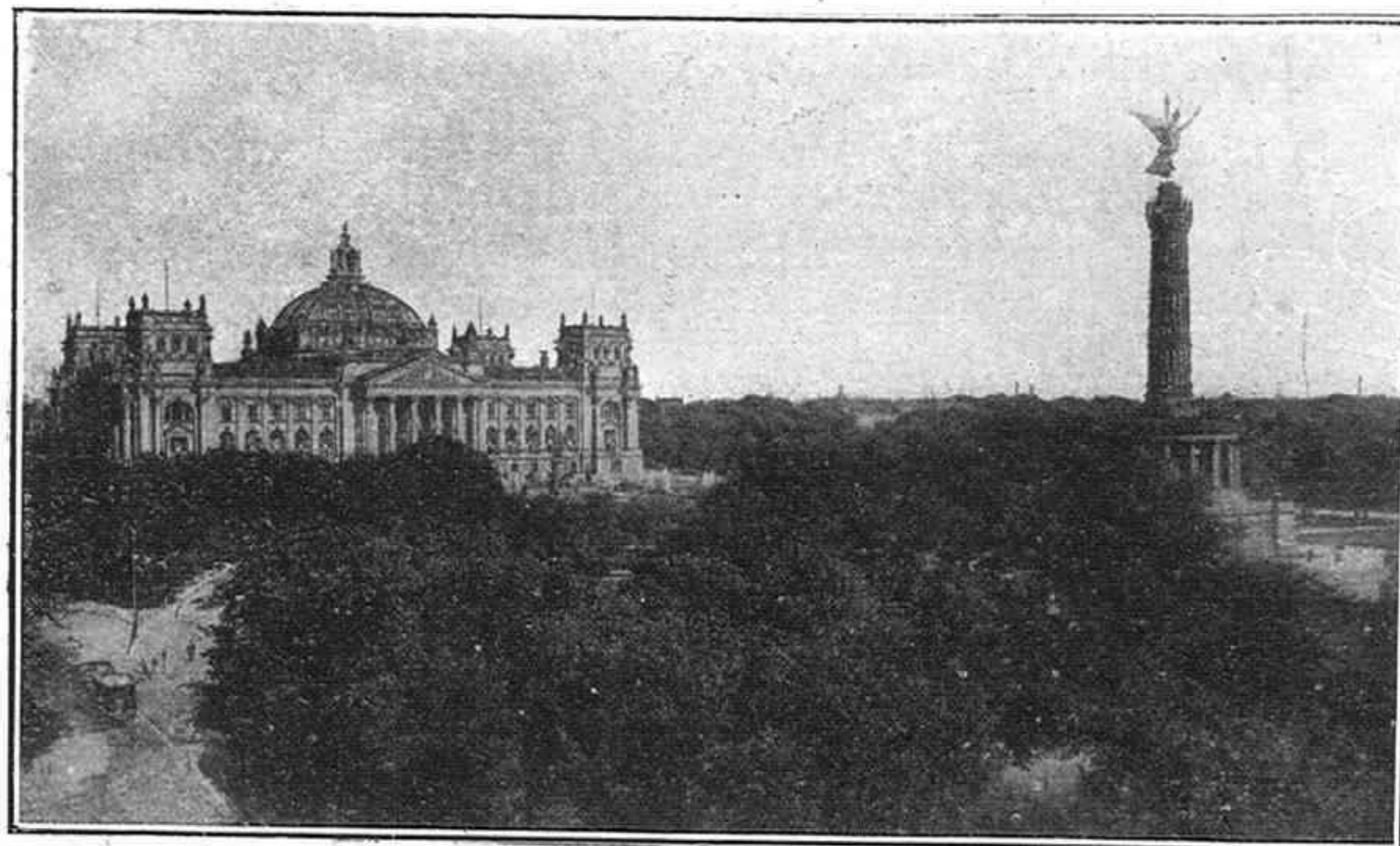
DE LA ALEMANIA MODERNA



EL PALACIO DEL REICHSTAG, EN BERLÍN

JUNTO á frondoso parque álzase cual edificio encantado, el magnífico palacio que es templo de las leyes en el Imperio alemán. Allí se reúnen los elegidos por el plebiscito popular, los diputados de la nación, y en su vasto recinto se comenta y discute y se aprueban ó desechan los proyectos sometidos al sabio entendimiento de los representantes del país.

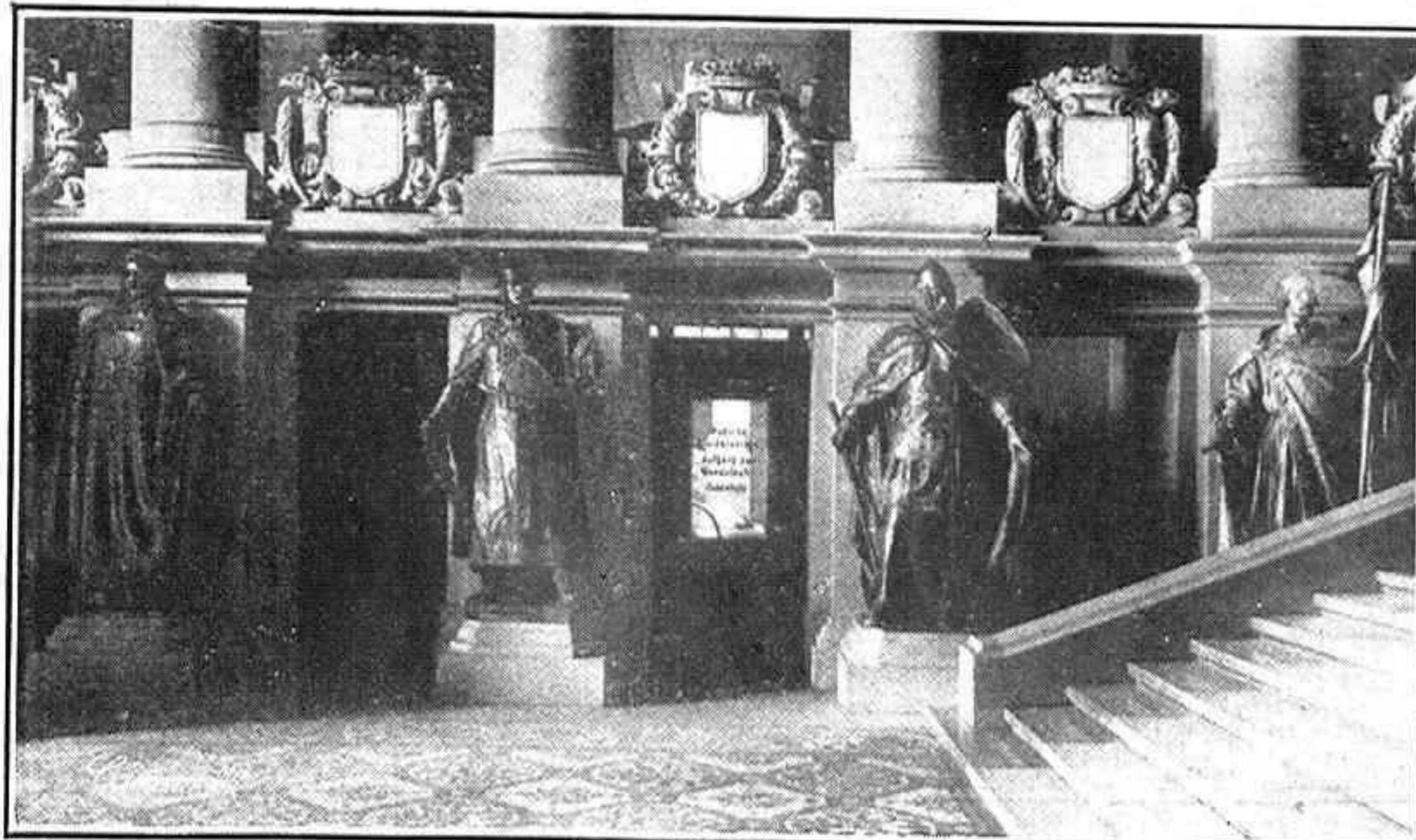
Circundan la lujosa mansión innumerables monumentos que sirven de trofeos al heroísmo alemán y ya precede al amplio peristilo la grandiosa estatua de Bismarck como índice elocuente de la mano de hierro que creó aquel estado de cosas, ó bien, no muy alejada, hállase la columna de la Victoria rematada por el ángel guerrero que señala con la diestra el rumbo de París. Estos dos monumentos simbolizan la creación de la Alemania moderna, y en su consecuencia la fundación del soberbio Palacio que sirve de Parlamento á la confederación germánica. El monumento del príncipe de Bismarck, que se halla situado frente á la fachada principal del Reichstag, es obra de una energía admirable. Representa al Canciller de Hierro en una actitud marcial. Cubre su robusta corpulencia el uniforme de los coraceros de Halberstad, (famosos por sus



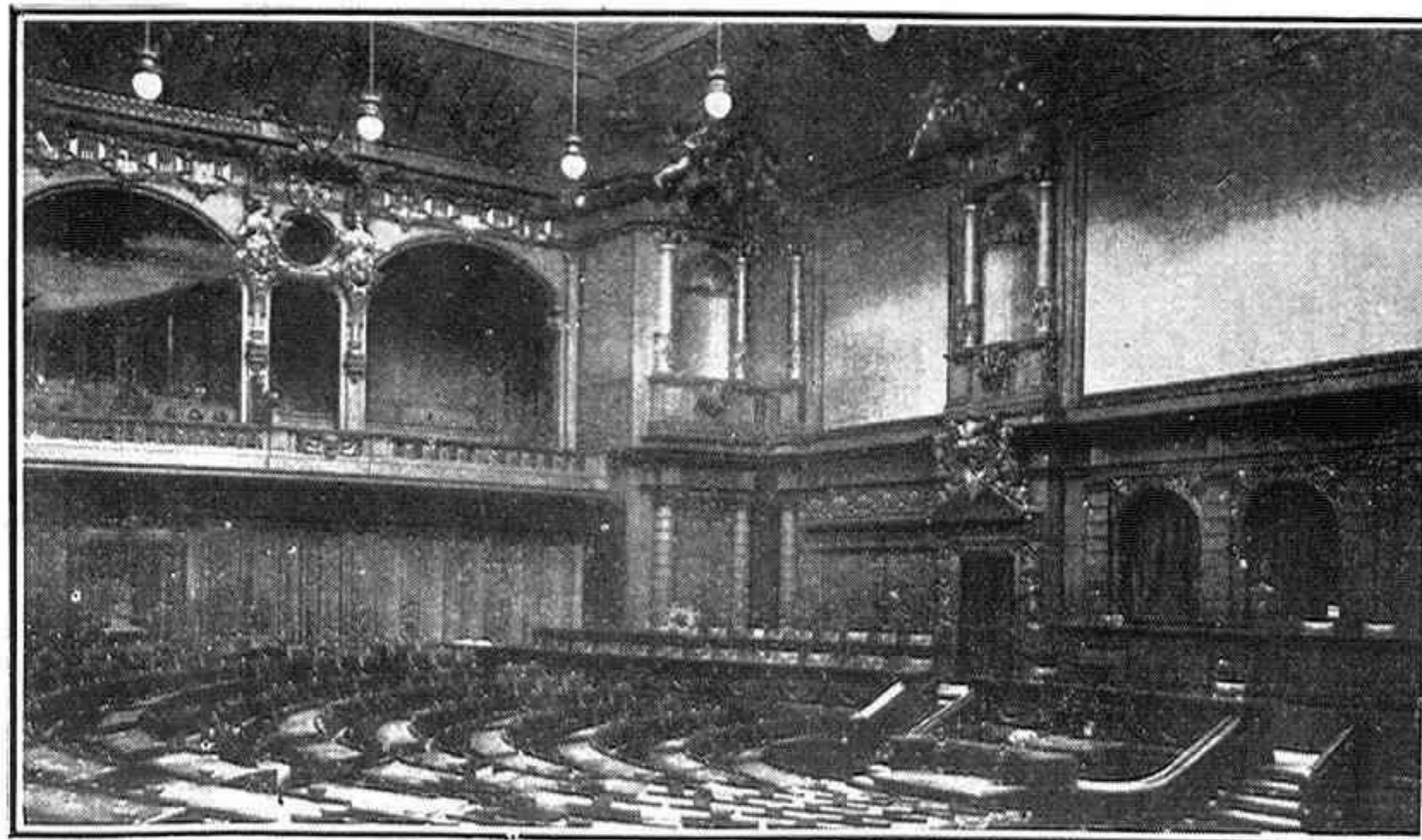
El frondoso parque de Tiergarten, en donde se halla enclavado el Palacio del Reichstag. En primer término, la columna de la Victoria

hazañas en las guerras de consolidación del Imperio); en su semblante fiero revélase la decidida actitud del que quiere vencer y que fía en su propósito, empuñando la espada que del lado izquierdo pende, y con su mano derecha señala la obra de sus amores, el afán de su vida, mostrando al indocto la carta de constitución del Imperio. Agrupados en torno á tan singular personaje, se ostentan figuras alegóricas representando episodios de la vida de aquel gran hombre de Estado.

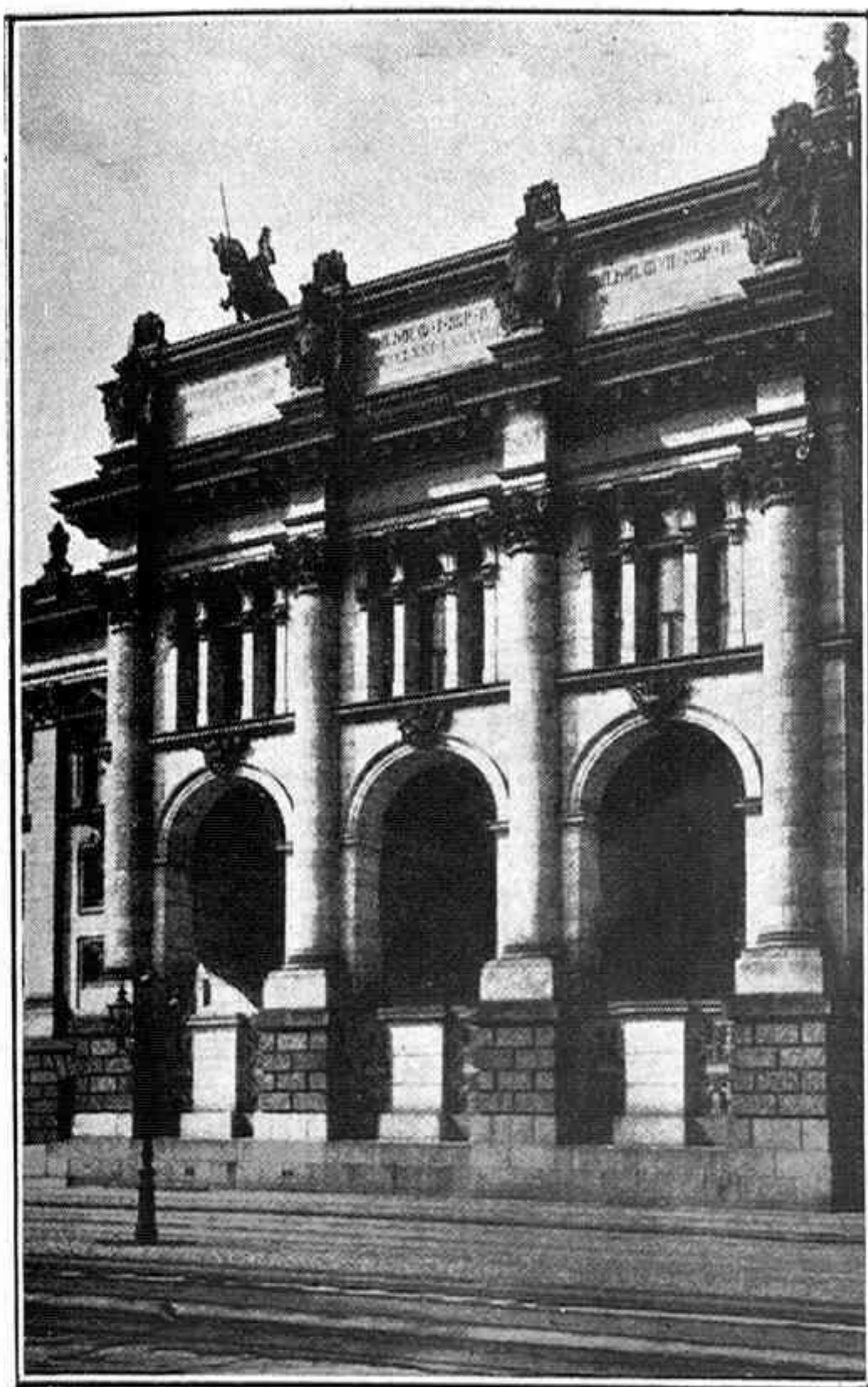
No menos interesante para los curiosos en conocer la formación de Alemania, es el otro recuerdo elevado en un extremo del Tier Garten, bellísimo parque inmediato al Parlamento. Es el símbolo de la Victoria y realza las obtenidas por las armas germanas á raíz de la constitución del Imperio. Tres fueron las guerras que libró Prusia en defensa de su política de unión de las razas teutonas. La primera, con Dinamarca, privó á ésta del Schleswig Holstein, que pasaron á formar parte del territorio de Prusia; la segunda, con Austria,—cuatro años antes de la famosa guerra franco-prusiana del 70— abrió la senda para llegar á una inteligencia con los estados limítrofes, inteligencia que se hizo completa al estallar la guerra con Francia, cuyas con-



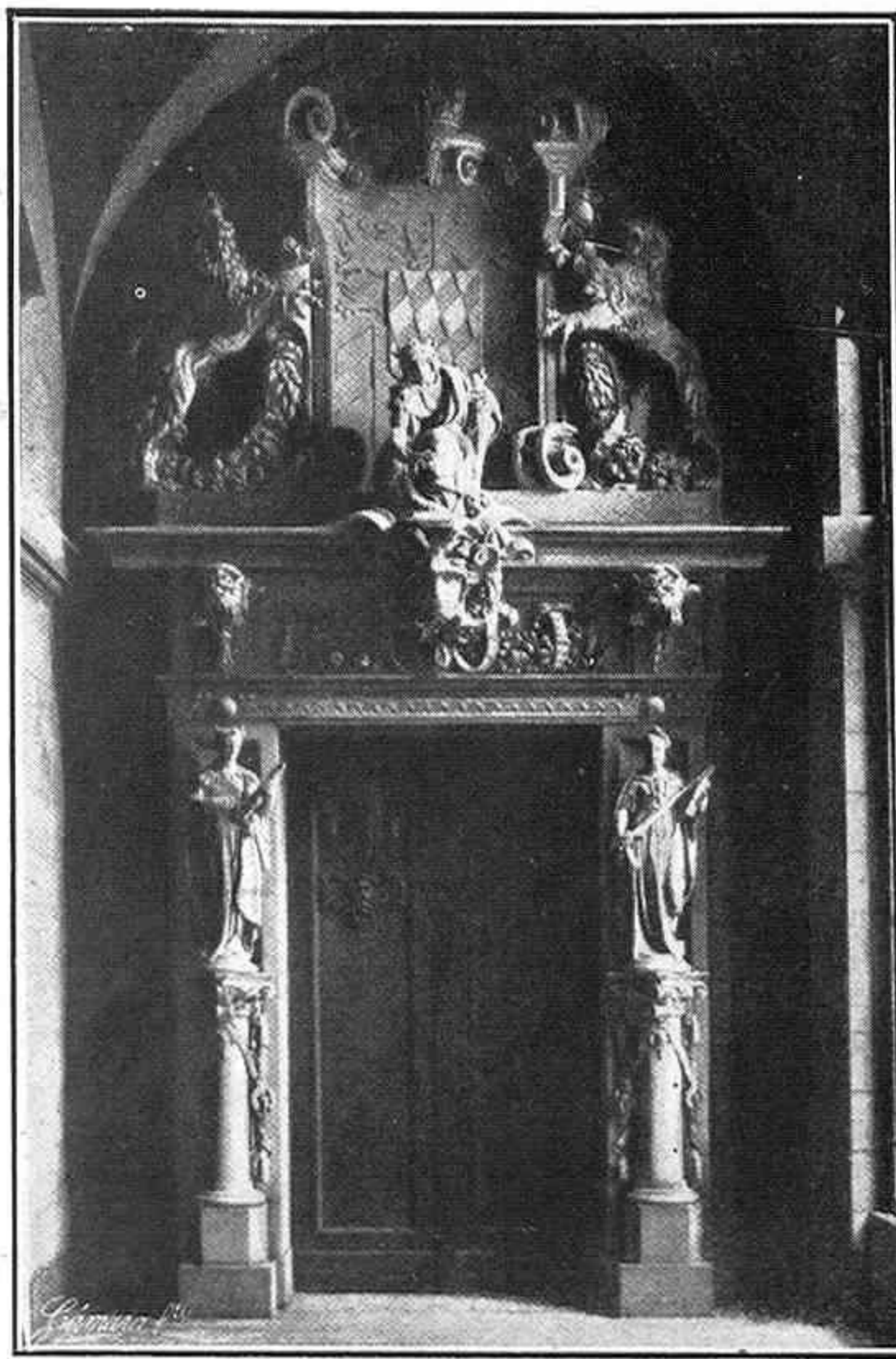
La galería de los guerreros, con los escudos de la Confederación Germánica



El salón de sesiones del Parlamento, con el estrado Presidencial



Grandioso pórtico posterior de la Cámara de Diputados



Puerta de Baviera.—Ingreso al salón de Conferencias



Bello frontón decorado con los atributos imperiales

secuencias son harto conocidas para ser nuevamente relatadas. Pues bien, esta columna de la Victoria sintetiza el conjunto de las tres campañas, y los bajorrelieves que decoran el zócalo del monumento, figuran los hechos dominantes de aquellas guerras. La batalla decisiva de Sadowa, que redujo á la ineptitud á las armas austriacas y la batalla de Sedán, en que fué hecho prisionero Napoleón III, emperador de los franceses, son los dos grupos escultóricos de más interés. Sirve de asiento este zócalo al fuste ornado de cañones franceses, austriacos y daneses, que convierten la columna en verdadero monumento á la guerra.

La alameda de los guerreros conduce luego á esa encantadora avenida del jardín Tier Garten, donde, á ambos lados de la calzada, se yerguen las arrogantes efigies de quienes fueron célebres en la historia de los pueblos germanos. No sólo recuerdo hallan los que en las artes de la guerra lograron nombradía y honor, sino aquellos otros que en las artes plácidas, en las bellas artes, lograron fama y gloria. Así, reunidos para mágica evocación, hallamos el grupo en que aparecen los semblantes de Haydn, Mozart y Beethoven. La Poesía, sublime compañera de la Música, se manifiesta con el austero Goethe y la risueña y juvenil faz de Schiller.

Por fin, lector, divagando á medida que aguardas la hora de entrada para visitar el Parlamento, te conduzco por este jardín, compendio de la Alemania del día y que pudiéramos llamar el Parque del Triunfo. Y, en efecto, es aquel bosque el verdadero Walhalla de la nación teutona, pues es preciso considerar dignas de tan sagrado recinto no sólo á las marciales figuras de los guerreros, héroes ensalza-

dos por cantos populares, sino también á aquellos otros guerreros de las artes serenas y benévolas, que llevan la paz al hogar y al corazón.

Llegó la hora. Penetramos en el Parlamento con los turistas de todos los países, y, acompañados por dos guías, dirigimos los pasos al grandioso hall, verdadera sala de pasos perdidos que preside con severa majestad la augusta figura del primer Emperador, el sabio Guillermo I. En este recinto, que es salón de tertulia, se charla y amenizan los graves negocios de Estado. No podía faltar en lugares tan concurridos y más por sajones, una bien surtida cantina en donde las cervezas de Pilsen y Munchen como los ricos vinos del Rhin, hallan continuo paladeo.

Atravesamos diversas salas, la de lectura, la de conferencias y los escritorios y llegamos, finalmente, al salón de sesiones, cubierto con rico artesanado, y cuya situación señala al ex-

terior la hermosa cúpula dorada que finaliza con esbelto templete portador de la corona imperial. Tomamos asiento en los escaños, reposan los fatigados miembros y de paso contemplamos la disposición del local. El alto sitio del presidente de la Cámara ocupa lugar dominante, y á su derecha contemplamos la tribuna de oradores, desde donde el diputado dirige la palabra á los presentes y no como sucede en nuestro Congreso, donde cada representante habla desde su escaño.

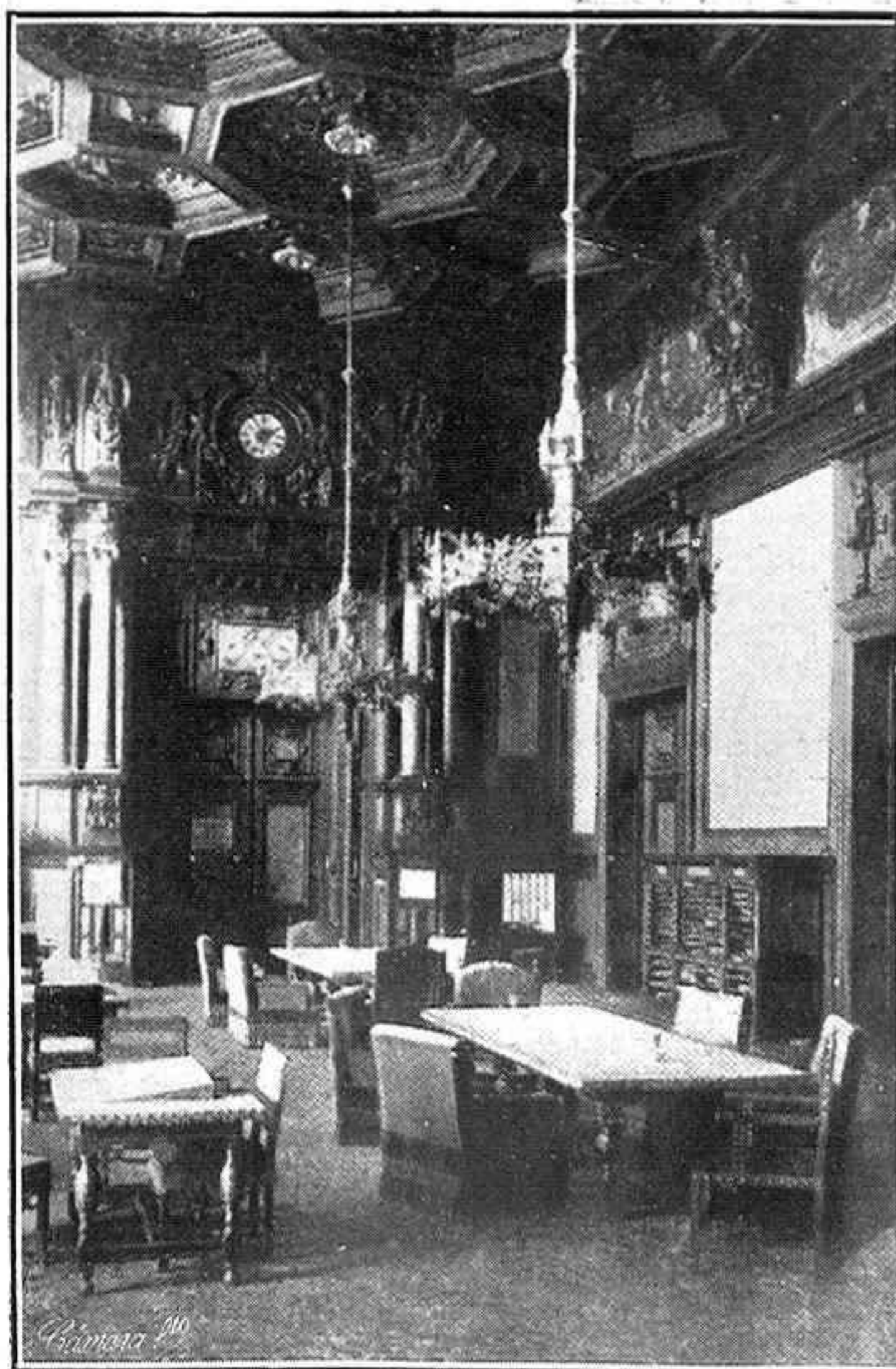
Siendo el edificio de reciente construcción, habiéndose terminado el año 94, poco sintieron sus sólidos muros el eco de las recias pisadas de los hombres del 70 de Molke y Bismarck y máxime de Guillermo I.

Fuó arquitecto de tan notable residencia Paul Wallot, notable artista alemán que se inspiró en el Renacimiento italiano para formar su composición.

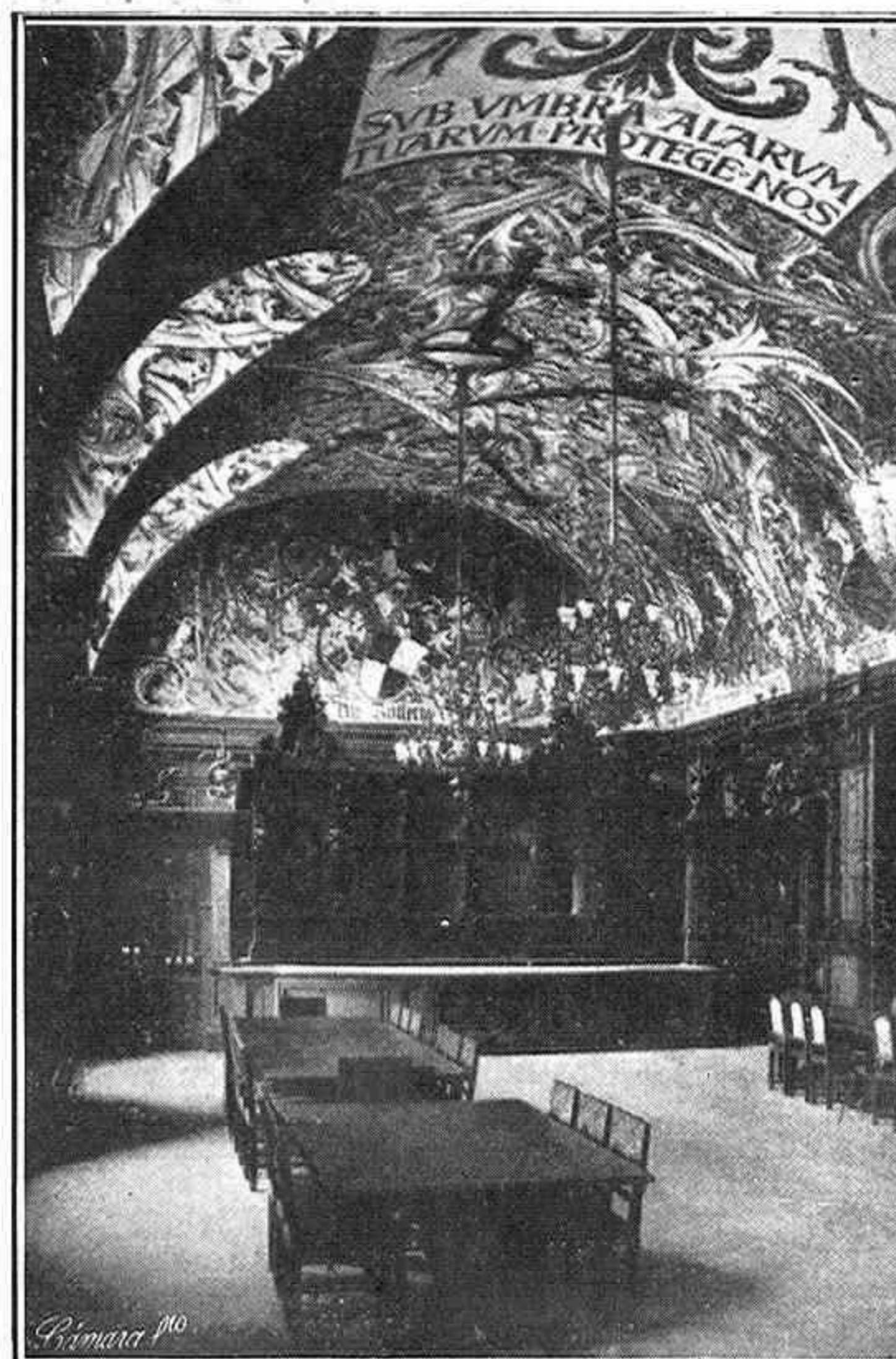
La fachada principal va precedida de un hermoso pórtico decorado con altos relieves del Arte y la Industria, protegidas por las armas. Las fronteras del Imperio van representadas por figuras simbólicas del Rhin y el Vístula. Dondequiera se ven figuras guerreras, ya San Jorge, con rasgos en la fisonomía que recuerdan al Canciller de hierro, posa la planta calzada de acero sobre el temido dragón en actitud expiatoria, ya divisamos más allá los heraldos del triunfo portadores de gratas nuevas á los profesionales del pueblo.

Está concitada la decoración en todo el palacio para recordar al ciudadano que la gloria de Alemania se basa en la paz armada, y que con las armas guardará los beneficios de la labor y unirá en indisoluble lazo las regiones todas del Imperio.

JUAN CASAS



Vista del salón de lectura del Palacio del Reichstag



La pintoresca cantina de los Diputados





Paisaje nevado de una aldea suiza

POR QUÉ NIEVA

(CONSEJA VILLANESCA)

NIEVA, nieva, con esa mansedumbre y esa paz humildes que muestra la nieve.

Aquí, la gente cortesana no estamos muy hecha á esta immaculada visita y la miramos con ojos de asombro y el ánima absorta y casi vestida de fiesta; pero en cuanto las calles permanecen blancas un par de días, ya abominamos de tanta belleza é invocamos al sol, no por regocijo y gusto de verle, sino para que acabe con ella.

En las aldeas del Norte recíbesela sin grandes aspavientos ni extremos agasajos, como acontece con un amigo familiar que acude cada día, y con el que no son menester desprendimientos excesivos.

Y el pueblo y los montes son toda una sábana que á trozos está salpicada de manchas negras; los árboles y las chimeneas.

El hogar campesino es grande camarada de la alba señora, porque su aliento llega hasta ella sin hacerle agravio ni desdoro, que más bien parece que la besa, la arrulla y la quiere, porque cuanto más recia y pertinaz sea su merced, más lengua vida tendrá él.

El humo del mar también acontece ser blanco —que está contagiado—, y más que hábito dolorido de la leña que sufre el tormento para que nació destinada, antójasela tenue quimera de una leyenda...

Por ello acúdeseme á las mientes la que en

una glacial tarde de Enero contóme una niña serrana de Riofrío.

Oid por qué nieva, que este fué el tema en que la zagala apoyó su conseja.

ooo

¿No sabe, señor, que habrá muchos años (hartos más que los que cuenta este palacio que acá tienen los Reyes de España) diz que el Sol y la Luna anduvieron en amores y embocaron en la populosa hermandad del matrimonio?

Pues parece que el galán, que era muy gentil y enamorado, aunque háto más pagado de su gentileza de lo que suele estarle bien á un varón, cortejaba y regalaba á cuantas buenas mozas encontraba en su camino. Pero el malventurado, bonito como las peluconas, apenas llegábaseles, abrasábase el cuerpo y el alma y luego las olvidaba.

Sucedió que había una zagala primorosa y espléndida, tan blanca, tan blanca, que diz que era como leche, y diz que de nadie había consentido amores, aunque muchos y pudientes galanes tenía al retoriero.

El hijo del Rey que era entonces, hubiera dado su corona por una sola mirada de la niña.

En una fiesta parece que ella y el Sol topáronse una tarde, y el picaro reclamado fué y la dijo, como si tan amarillo andaba él no era sino por que sus amores encendíanle, y qué quería de su blancura dándole á cambio de aquel fuego.

Ella le miró y se arreboló un poco; el galán estrechó el cerco y arrancándola del bullicio, y siempre hablándola quedo, la llevó á las cumbres más elevadas de esta serranía.

—Más altos están mis palacios—hablábala—y en ellos he menester una reina, que has de ser tu, seremos la plata y el oro que desde tan arriba fecundará la tierra y hará que estos ruines gusanillos se querellen y maten por nosotros.

Y aquella misma tarde se la llevó.

Mas apenas llegaron donde el sol habitaba, aposentó á Doña Luna, dijo aquél que aún en la tierra quedábale no sé qué menester, y tornóse aquí abajo...

¡Triste noche de bodas!

La esposa esperó hasta muy tarde y viendo como el banal esposo no tornaba, asomóse á buscarle por esta parte y no dió con él.

Cuando hubiera podido encontrarle, que fué al alba, rindiéronse la pena y el cansancio y quedóse dormida, y tornándose más blanca, mucho más que éralo hasta entonces.

Despertó á la noche siguiente y mirándose como dicen, compuesta y sin novio, acongojóse háto más y rompió en amargo y silencioso llanto.

Aquellas lágrimas fueron la primera nieve...

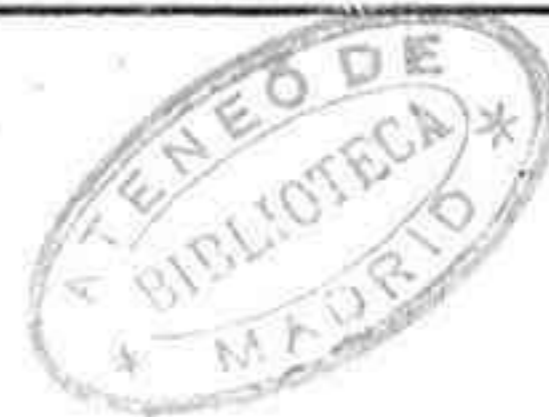
Desde entonces, señor, siempre que nieva, es que llora la Luna, porque el Sol no duerme en casa...

DIEGO SAN JOSÉ

DE OTROS TIEMPOS



GALANTEO, dibujo de Tito



ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL



VISTA PANORÁMICA DE LA CATEDRAL DE SEGOVIA, ADMIRABLE MONUMENTO DEL ARTE GÓTICO, CUYA CONSTRUCCIÓN COMENZÓ EN EL AÑO 1525 Y ES UNA DE LAS MARAVILLAS ARQUITECTÓNICAS DE ESPAÑA

FOT. LÓPEZ BEAUBÉ



TIPOS CASTELLANOS



EL CABRERO

DIBUJO DE CEREZO VALLEJO

Los primeros fríos de la otoñada han arrojado sobre el paisaje el ceniciento capotón de las nubes y colgado de los hombros del cabrero esa capa holgada y recia que nuestro hombre ya no se quitará hasta bien fenecido el cuarenta de Mayo.

Sobre las desamparadas llanuras de Castilla el agua del invierno no tardará en caer inexorablemente. El pueblecillo, friolento, parecerá rebullirse buscando protección al pie de la iglesia, en cuya nave penumbrosa las viejas, todas las tardes, rezarán, agrupadas é inmóviles, el Santo Trisagio. Y en el cielo, ennegrecido, restallará el

látigo de luz de las exhalaciones; y en los empapados surcos del sembrado, la simiente irá, día tras día, urdiendo el magno poema de la recolección... Pero, antes de que la Primavera recame gayamente la áspera costra de la tierra, este cabrero habrá de gladiar sin reposo con zarzaganes, aguaceros y heladas, recluso en la reciedumbre de su capotón, de sus zajones y de sus abarcas —tan viejos, polvorientos y españolísimos— mientras cuida del hato que, bajo la paz de la mañana nivosá, ramonea esparciendo su bullicioso tintineo de esquilas... Y acaso, como aquel otro cabrero que encontrara el famoso hidalgo

manchego, sepa tañer el rabel, y al pie de una encina desmochada cante rústicas coplas recordando á su Olalla, que le adora, «puesto que no se lo ha dicho—ni aun con los ojos siquiera—mudas lenguas de amoríos...»

Y, si á fin de cuentas, la moza resultara veleidosa, el pastor sabrá resignarse. La meseta castellana solemne, igual, adusta, no le ha endurecido el corazón sino que se le ha educado. Esta noble tierra sigue produciendo héroes. Que triunfen bajo una armadura milanésá ó no se rebelen jamás dentro de un capotón de paño, importa poco. Héroes son.—R. A.

ATENEO DE
BIBLIOTECA
MADRID

INGLATERRA Y EL VATICANO

AÑORANZA HISTÓRICA



Sello matrimonial de Felipe II y María de Inglaterra (Anverso)



Sello matrimonial de Felipe II y María de Inglaterra (Reverso)



Felipe II, Rey de España y de los Países Bajos, desposado con la Reina María de Inglaterra

COMENTARIOS diversos ha suscitado a reciente noticia del envío de una Embajada extraordinaria, que represente al Gobierno de S. M. británica Jorge V, cerca de Su Santidad el Papa Benedicto XV. El nuevo Embajador Sir Henry Howard, pertenece á la noble familia de los Duques de Norfolk, una de las pocas casas que han permanecido católicas en la alta aristocracia inglesa.

De los tiempos aquellos en que Enrique VIII, Rey absoluto de Inglaterra, acordó la separación de la Iglesia anglicana del poder de Roma, erigiéndose el citado Monarca jefe supremo eclesiástico, la nobleza del país acató, en su casi totalidad, el mandato del Monarca y se desligó de los católicos romanos. Sólo la linajuda familia de Norfolk guardó fielmente sus tradiciones y no abjuró la fe que heredara de sus antepasados. Motivo grande de satisfacción ha sido ahora para los britanos católicos, como para la católica Irlanda, el haber recaído tan delicada misión en un individuo de histórica familia noble.

Seguramente la Santa Sede acogerá al nuevo Embajador con verdadero júbilo, ya que se hará más fácil en lo sucesivo el cordial intercambio de relaciones entre ambas potestades.

La época actual, azaroso período de luchas mercantiles, ha borrado el recuerdo de los tiempos medioevales ensangrentados por enconadas luchas religiosas. Sin parar mientes en las discordias habidas en nuestro

suelo patrio durante los reinados del segundo Felipe y sus sucesores, de las luchas en Francia promovidas por Coligny y Calvino, en Alemania por Lutero y los hussitas de Praga y por Savonarola en Italia, recordemos los orígenes de la más durable disidencia habida entre los cristianos; la separación de la Iglesia anglicana de la de Roma.

Era el año 1527. Enrique VIII, rey caprichoso y autoritario, habíase unido en matrimonio á la Infanta de España Catalina de Aragón, hija de nuestros Reyes Católicos. En su desenfadada sensualidad, un día resolvió á instigación de Ana Bolena, dama de la Corte, pedir al Soberano Pontífice con la anulación de su matrimonio, licencia para contraer nuevas nupcias. Ana Bolena obstinábese en negar sus favores al Monarca colocándose en sus sienes la diadema real. Ocupaba por entonces la Silla Apostólica, el Papa Clemente VII. Negándose resueltamente á la demanda del Monarca, le recriminó severamente por su propósito, mientras informaba del nefando caso al poderoso emperador Carlos V, concitando contra Enrique VIII la ira del mundo católico.

Resuelto y audaz, dominado por su temperamento, contestó el Monarca destituyendo al cardenal Wolsey, primado de la iglesia británica, que sustituyó por el obispo Cramer, que se comprometió á satisfacer los deseos de su Rey. Y en efecto, convocado el Parlamento, des-



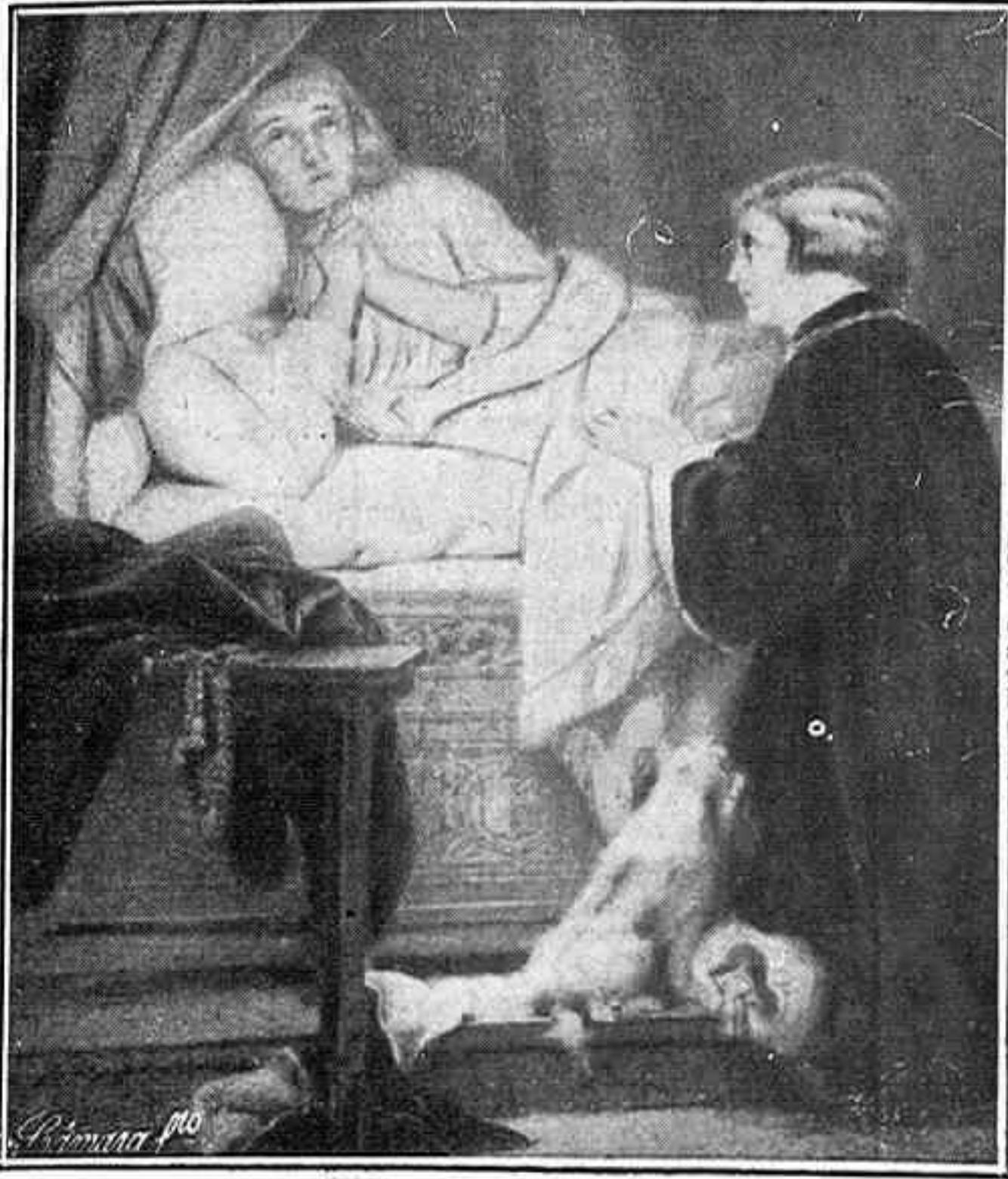
Eduardo VI, Rey de Inglaterra, hijo de Enrique VIII y su tercera esposa Juana Seymour



El arzobispo de Canterbury, Guillermo Laud, continuador de la Era de disidencias religiosas en Inglaterra



El Rey Enrique VIII de Inglaterra, causante de la separación de la Iglesia anglicana de la de Roma



Los hijos de Eduardo, inocentes víctimas de las luchas desentrenadas entre los que rodeaban el Trono

pués de nombrados sus miembros por regia designación, acéptase la propuesta relativa á la separación del clero inglés de la autoridad papal, castigando severamente cualquier apelación de los Tribunales eclesiásticos en consulta á Roma. Poco tiempo después se anunciaba con toda solemnidad la anulación del primer matrimonio del Rey, seguida en breve del enlace con Ana Bolena y la proclamación de supremo Jefe de la Iglesia británica á favor de Enrique VIII.

En este vulgar acacimiento de la vida doméstica se funda uno de los sucesos históricos más trascendentales, ya que sobre ser origen de una enemistad secular entre dos naciones, de él brotó la chispa que encendiera la más trágica revolución religiosa que registra el mundo.

Las arbitrariedades de Enrique VIII promovieron general protesta de todo el clero conservador y de la población rural, afecta, en su mayoría, á las antiguas tradiciones y obediente á la opinión de sus señores. Mas no por ello se arredró el Rey; dejándose llevar de sus instintos crueles y sanguinarios, dispuso el arresto y la posterior ejecución de Sir Thomas Moro y de Fisher, obispo de Winchester, cabezas visibles del movimiento de protesta.

Con estos ajusticiamientos dió comienzo en Inglaterra la era de las persecuciones religiosas. En reinados sucesivos continuóse decapitando á millares de personas, víctimas del odio y del encono sectario.

Expiaban los supuestos herejes sus pretendidas culpas en horrendas mazmorras de donde sólo eran sacados para ser conducidos á la candente pira ó al atroz suplicio del tormento.

Tantos crímenes merecían ejemplar castigo. Así, el tirano Enrique de Inglaterra halló en su vida multitud de sinsabores que le amargaron la existencia. A su semejanza, la culpable Ana Bolena, luego de convivir escasos años con su egregio consorte, cayó en la indiferencia del Rey, que, hastiado de su compañía,

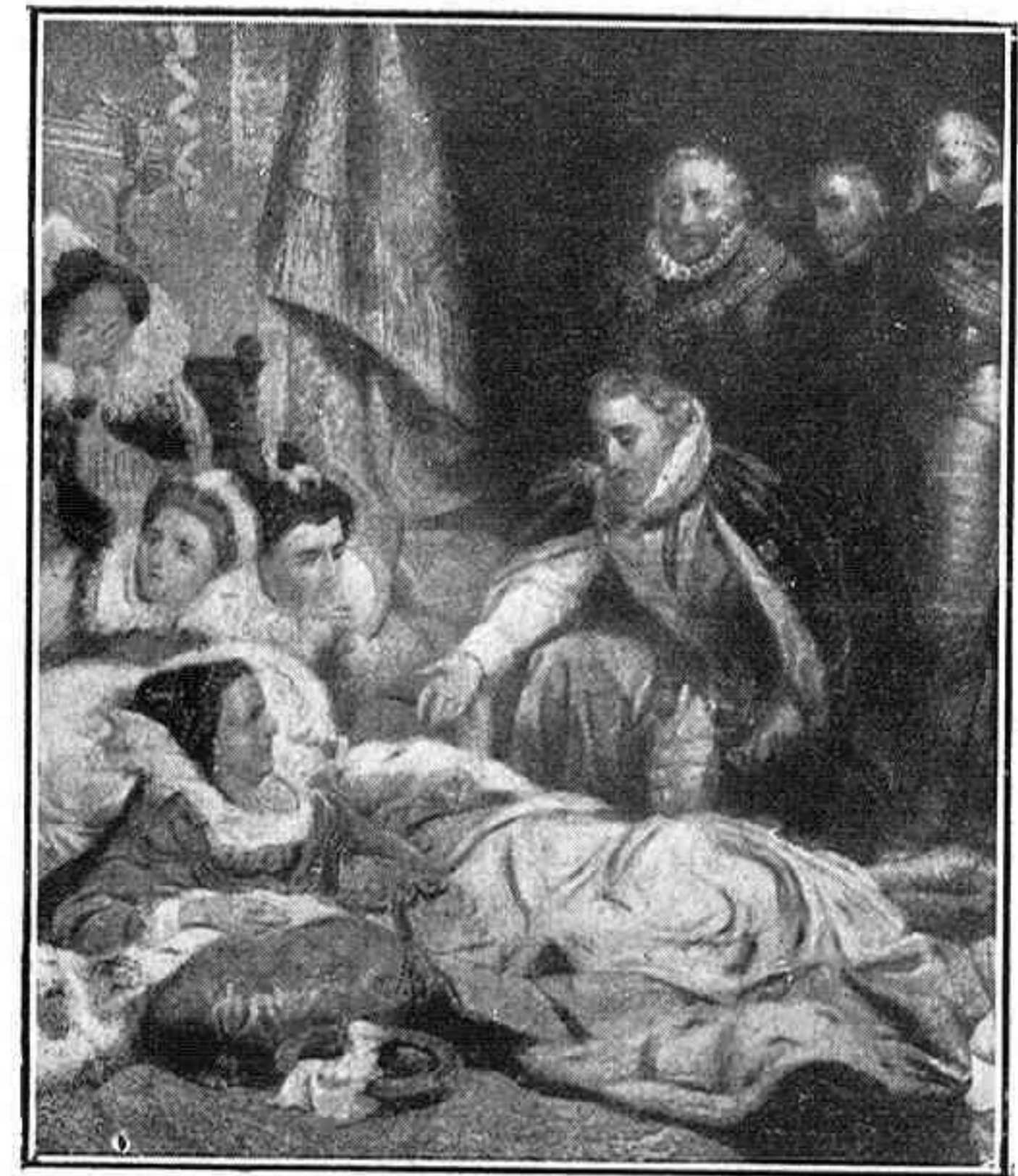


La Reina Isabel de Inglaterra, de ingrata memoria

ordenó el suplicio, contrayendo el Monarca nuevo matrimonio con Juana Seymour al siguiente día de rodar la cabeza de Ana Bolena.

Seis fueron las esposas del feroz Enrique VIII, y de ellas sólo tuvo tres hijos, Eduardo, María é Isabel de Inglaterra, nacidos, respectivamente, de Juana Seymour, Catalina de Aragón y Ana Bolena.

Los tres vástagos ocuparon sucesivamente el trono de Inglaterra, recrudeciéndose en sus reinados las persecuciones. Así vemos un día decretado el exterminio de los católicos y al siguiente la Inquisición con todos sus rigores dedicarse á extirpar por mandato de María, esposa de nuestro Felipe II, el arraigo de herejía en el seno de la nobleza británica.



La muerte de la Reina Isabel, corrompido el cuerpo y corroida el alma

La Reina Isabel, que ocupó el trono al fallecer María Tudor, llevó sus simpatías del lado protestante. Hija de Ana Bolena, permaneció Isabel en constante indecisión, pues el carácter liviano y frívolo heredado de su madre, la inclinaba á proteger los deseos de sus numerosos favoritos. El más célebre de ellos, el infortunado conde de Essex, apuesto y gallardo mancebo de la Corte británica, disfrutó largo tiempo el poder efectivo y contribuyó no poco con sus depravadas costumbres á iniciar las protestas que culminaron en el trágico episodio de la historia inglesa: en la célebre decapitación del Rey Carlos I, víctima de los excesos cometidos en reinados anteriores. Mas pronto hastiada la regia libertina de los amores de Essex, preparó un plan pérfido que le dejó al descubierto en sus maniobras interesadas y pagó con su vida la indiferencia real. Así terminan los que en abuso del poder de que disfrutaban, cometen atropellos y toleran injusticias.

Con los años fué acentuándose la honda diferencia existente entre las Iglesias vaticana y anglicana.

Sólo de vez en vez apareció por la basilica de San Pedro alguna aislada peregrinación que se postrara á los pies del Santo Padre, peregrinación compuesta en su mayoría de fieles oriundos de Irlanda, en donde conserva la autoridad papal todavía gran número de adeptos.

Es de esperar, que las amistosas relaciones iniciadas por el cardenal Vannutelli en su reciente estancia en Londres, con motivo del Congreso Eucarístico, hallen feliz continuación en el actual nombramiento hecho por el Gobierno de S. M. británica, de Sir Henry Howard para el cargo de Embajador extraordinario, y que en plazo breve surja una reconciliación perenne que asegure en el Reino Unido el reconocimiento de la autoridad de la Santa Sede cerca del clero católico inglés.

PEDRO MUIR



La Reina María de Inglaterra, hija de Enrique VIII, de su matrimonio con Catalina de Aragón



Medalla de la coronación de Isabel de Inglaterra



Medalla con el retrato de la Reina María Tudor

EL FUEGO DE LAS AMETRALLADORAS

EN esta lucha cruenta y tenaz, la voz mortífera de la ametralladora ha hecho eco perenne al cañón, batiendo linderos de bosques, salidas de desfiladeros, crestas de atrincheramientos, vados de ríos y canales, puentes, caminos, toda clase de obstáculos, todo género de defensas: su velocidad de fuego ha bastado para contener avances impetuosos, para domeñar bríos sangrientos, para diezmar las filas de los audaces asaltantes. En el ataque y en la defensa, su labor destructora no se ha dado punto de reposo, y el éxito, que sancionó la campaña de Oriente, lo ratifica una década después el magno conflicto que es palpante actualidad.

La ametralladora es un invento francés de la segunda mitad del pasado siglo. Tuvo como precursores diversidad de artefactos de guerra que con nombres distintos vinieron usándose desde los primeros tiempos de las armas pirobalísticas, entre ellos: el órgano, el cañón de órgano y el ribadoquín. Pedro Navarro, nuestro gran ingeniero, las utilizó en Rávena en 1512; Kollinan inventó en 1678 uno de estos cañones de órgano; del siglo xv al xvii se prodigaron los inventos de este género de armas, y el Museo Militar de Berlín guarda una nutrida colección de tales inventos. También nuestro Museo de Artillería tiene dos aparatos de esta índole.

En 1814 el general francés Girard, aprovechando la fuerza del vapor de agua como medio de proyección, inventó una de estas máquinas de guerra que hacía 180 disparos por minuto y que se utilizó en la defensa de París.

Desde la adopción de la artillería rayada en 1859, hasta la guerra franco-prusiana, la industria y el ingenio, en íntimo consorcio, hicieron menudear los inventos de máquinas de guerra precursoras de la ametralladora. En 1814 el ingeniero inglés Beslemer obtuvo patente de un arma de fuego de pequeño calibre, cuya recámara se abría por la acción del retroceso, quedando montado el mecanismo de percusión para el siguiente disparo y utilizando el agua para evitar el recalentamiento del cañón. Este invento jalonó el primer paso hacia las ametralladoras automáticas.

Los norteamericanos, en su reñida lucha de Secesión, emplearon en el sitio de Charleston



Una sección de ametralladoras dispuesta para la marcha

ametralladoras constituidas por 25 cañones de fusil que hacían 170 disparos por minuto.

De este mismo número de cañones se componía la ametralladora francesa De Reffye, inventada por un comandante de artillería, ayudante de Napoleón III, y cuyos ensayos secretos en Meudon, en 1866, hicieron exclamar al Emperador: ¡C'est un massacre!

Contribuyó al progreso rápido de la ametralladora la adopción del cartucho metálico para la carga.

La guerra del 70 no fué pródiga en enseñanzas, en lo que á estas modernas máquinas atañe: los prusianos, tras muchos ensayos, las rechazaron y sólo hicieron uso de las apresadas á los franceses y de una batería sistema Fald que llevó el ejército bávaro.

Los franceses tampoco quedaron muy satisfechos de sus modelos.

Y, sin embargo, los estudios continuaron y los inventores prosiguieron en su tarea perfeccionadora, hasta que en 1884 el ingeniero americano Hiram Estevens Maxim hizo práctica la aplicación del automatismo á las armas de fuego.

Multitud de ingenieros y de mecánicos dedicáronse á modificar el invento de Maxim. Odkolek, á cuya iniciación se debe la actual Hotchkiss, Anger, Garland, Nilson, Bonet, Roth y tantos

otros, aportaron principios ó detalles de construcción que hicieron útiles y precisas estas máquinas sobre el campo de batalla.

Todas las naciones dedicaron á estos aparatos mortíferos especial atención y profundos estudios.

Las marinas de guerra las adoptaron para barrer con sus proyectiles las cubiertas de los barcos enemigos, empleando poco personal.

En las guerras coloniales de las diversas naciones sus resultados fueron excelentes.

Los rusos las usaron para atacar á Plewna; los ingleses las utilizaron en Egipto y en el Sudán y en la Manchuria su triunfo fué completo y definitivo.

Alemania tiene compañías de ametralladoras afectas á los regimientos y el modelo es Maxim de acero pavonado, con alza Zeiss.

Inglaterra tiene ametralladoras de posición y de campaña; secciones con dos máquinas van agregadas á cada regimiento de infantería

ó caballería. Los modelos aceptados por el Reino Unido son: Nordenfelt, Garder y Maxim.

Rusia cuenta con grupos (*Komandy*) montados y á lomo afectos á los regimientos y batallones. El modelo usado es del tipo Maxim con afuste, escudo protector y alcance de alza de 1960 metros.

Austria tiene 290 secciones con ametralladora Schwarzlose de 8 milímetros de calibre.

En Francia cada regimiento lleva afectas dos secciones á lomo y los batallones sueltos una sección montada ó á lomo.

El tipo usado es el Hotchkiss, perfeccionado por los establecimientos de Puteaux y Saint Etienne con cargador rígido de 25 cartuchos Lebel.

En Japón cada regimiento cuenta con una compañía de seis ametralladoras Hotchkiss.

Turquía tiene seis grupos de 8 Maxim y ocho de 8 Hotchkiss.

Servia y Montenegro tienen ametralladora Vickers-Maxim.

La ametralladora, como el cañón, no dejan por un solo instante, en esta recia pelea, de quebrantar al adversario, conteniendo su bélico impulso.

CAPITAN FONTIBRE



Las ametralladoras del Ejército francés en acción contra las fuerzas alemanas

LA CULTURA GERMÁNICA SEGÚN NIETZSCHE

Yo soy vuestro admirador entusiasta, Herr Gehrardt Hauptmann, y vuestro traductor. He traducido *El cochero Henschel*, esa obra maestra de realismo dramático; tengo en el taller vuestro admirable drama *La ascensión de la niña Annelle*. No soy, pues, sospechoso de hostilidad hacia vos; os rindo el homenaje que merecen vuestro talento, vuestra fecundidad llena de brío y vuestro alto conocimiento de las realidades del mundo moderno...

Sois á la vez realista y fantasista; espiritualista y conocedor de la vida actual; tenéis un sentido pleno de la poesía de la vida cotidiana, tal como lo manifestáis en *El cochero Henschel*; sentís intensamente las angustias de los trabajadores, de los que luchan por un bienestar superior, como lo reveláis en *Los Tejedores*; habéis creado dos magníficos poemas de ensueño en *La campana sumergida* y en *Almas solitarias*. Desde el ensueño místico de *La ascensión de Annelle Mattern* hasta el crudo realismo de *El cochero Henschel* hay una gama de valores literarios que os colocan á la altura de los mayores dramaturgos de Europa. ¡Salud, pues, Gehrardt Meister!...

Solamente yo quiero contestaros humildemente, modestamente, suavemente, como un escritor español puede contestar á un gran escritor alemán, á ciertas afirmaciones contenidas en un bellissimo artículo que habéis publicado hace algunos días en el *Berliner Tageblatt*.

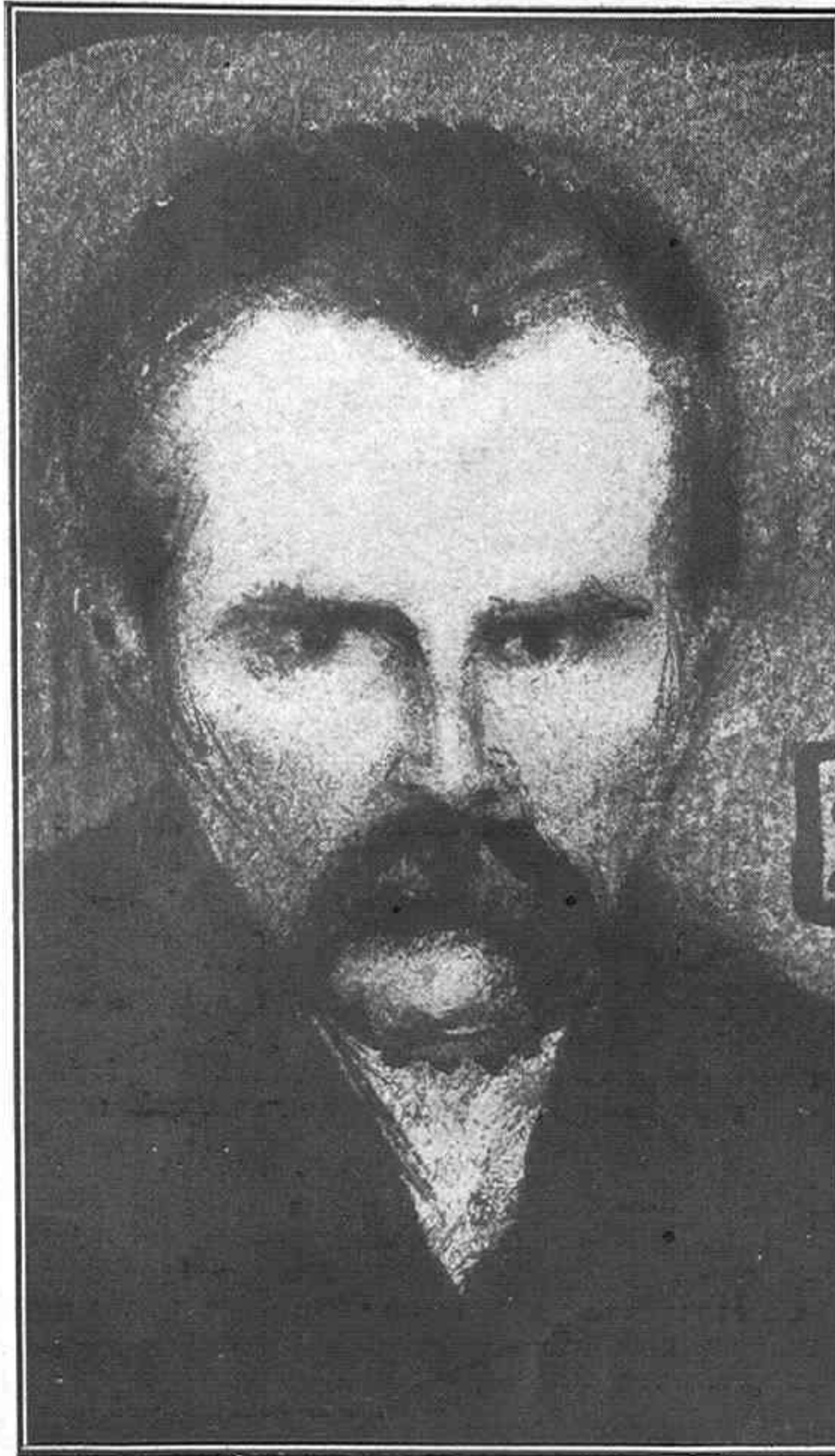
Yo he leído ese artículo con verdadero placer, pues era una voz sensata la que surgía contra las exageraciones francófilas ó, mejor dicho, *germanófilas*, que hacían responsable á la Alemania entera de los desmanes de la «casta militar prusiana». Espero desde luego que me será tenido en cuenta este dato cuando se haga la liquidación total de germanófilos y francófilos. Vuestra voz, Herr Hauptmann, era más serena, sensata y pura que la voz irritada de Max Harden, contestando sin eufemismos, á las finas insinuaciones de Romain Rolland — ¡el gran escritor francés tan amante de Alemania! — que deseaban ser bárbaros y como bárbaros comportarse, y que cuando hubiesen puesto el tacón prusiano en Toulon, Antibes y Marseille, — *ægri somnia*, por lo demás, como usted habrá ido viendo, señor Hauptmann, — entonces discutirían sobre la barbarie...

No; yo no pienso que Alemania sea bárbara, y cuando los franceses, para usar ese apelativo, acuden á una evocación histórica — llanuras de Chalons y batalla de los hunos — desde luego cometen á sabiendas una omisión de la Alemania actual, estudiosa, culta y trabajadora... Pero desearía recordaros, á vos y á Mr. Du Bois-Reymond, ilustre profesor de Fisiología de la Universidad de Berlín, cuyos flagrantes apellidos franceses le delatan, que quiere poner la Universidad al servicio de la Patria. (*Die Universität im Dienste des Vaterlandes*, como dice en su artículo del *Berliner Tageblatt*, 4 de Septiembre) cómo han juzgado de la cultura alemana vuestros grandes espíritus... *Por las glorias fueron se las memorias*, dicen en mi tierra natal; y no es extraño que con el humo de la pólvora y los trofeos de la guerra hayáis olvidado un poco, aun siendo tan robustos de memoria, lo que de vuestra cultura han dicho los grandes espíritus de Alemania...

Decís en vuestro bello alegato en pro de Germania que sois «viejos de cultura». Y á eso sería temeridad que os contestara yo, humilde escritor español. Os ha de contestar el más teutón de los escritores alemanes, Goethe, quien dijo en una de sus *conversaciones con Eckermann*:

«Nosotros, los alemanes, somos de ayer. Ciertamente nuestro trabajo civilizador ha sido bastante intenso desde hace cien años, pero pasarán aún dos ó tres siglos antes de que haya penetrado en nuestros compatriotas bastante espíritu y civilización superior, para que se pueda decir de ellos que están separados de la barbarie por un lapso de tiempo considerable...»

¿Y qué pensaba Nietzsche de vuestra cultura? El gran Nietzsche era un admirador entusiasta de Francia. Por odio al germanismo acabó detes-



NIETZSCHE
Aguafuerte de Ricardo Baroja

tando á Wagner, no á causa de su música (que admiró siempre) sino á causa de las ideas filosóficas de que Wagner estaba imbuído. La idea de la renovación del mundo por el germanismo, sobre todo por el germanismo wagneriano, no debió seducir á Nietzsche. Por eso se comprende mal que admirase tanto al Conde de Gobineau, un francés germanófilo, que tiene idólatras en Alemania (hasta el punto de que se ha fundado una sociedad Gobineau, *Gobineau-Vereinigung*, para estudiar las ideas del filósofo casi desconocido en su patria) y cuyo libro primordial — *Essai sur l'inegalité des races humaines* — se hacía leer por su hermana en las *soirées* de invierno, en Basilea, cuando vivieron allí juntos de 1875 á 1878.

«Yo tengo lectores en todas partes; — escribía al fin de su vida — los tengo en Viena, en Copenhague, en Estokolmo, en París y en San Petersburgo; no los tengo en el país más mediocre de Europa, en Alemania.» Cuando publicó su *Ecce Homo*, ponía en antecedentes á su editor sobre el número de ejemplares. «Soy de vuestra opinión que para la tirada de *Ecce Homo* no pasemos de los mil ejemplares. En Alemania el número de 1.000, para una obra de estilo elevado, parecerá acaso un poco arriesgado. En Francia cuento muy seriamente con 40.000 á 80.000 ejemplares.» (*Ecce Homo*, traducción francesa de Bloert, Introducción, p. 8.)

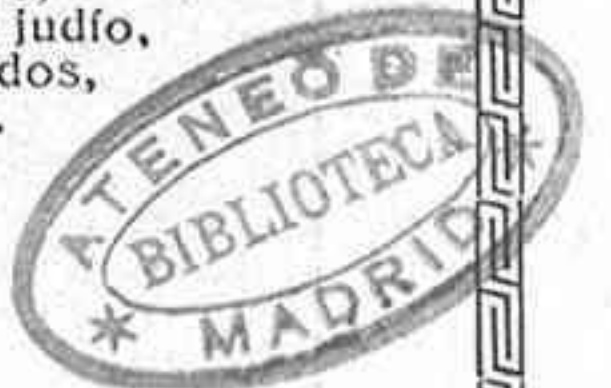
«Yo no creo más que en la civilización francesa — decía, enérgicamente, en otro pasaje — y todo lo demás que se llama en Europa cultura me parece un «malentendu» para no decir nada de la civilización alemana.» Los raros casos de alta cultura que yo he encontrado en Alemania eran todos de origen francés; así y sobre todo era el caso de Cósima Wagner, la voz más autorizada en materias de gusto que yo he oído jamás... No veo en qué siglo de la historia se podría reunir, con una buena redada, psicólogos

tan curiosos y al mismo tiempo tan delicados como en el París actual: nombro al azar — porque su número es considerable — á MM. Paul Bourget, Pierre Loti, Gyp, Meilhac, Anatole France, Jules Lemaitre, y para distinguir otro, de los de la fuerte raza, un verdadero latino que yo amo muy particularmente, Guy de Maupassant. Prefiero — dicho sea entre nosotros — esta generación á sus maestros que han sido corrompidos por la filosofía alemana. *Donde quiera que entra Alemania, corrompe la cultura. Sólo después de la guerra, el espíritu ha sido libertado en Francia.*» (*Ecce Homo*, § 3, p. 52 y 53; Edición del *Mercur de France*, París, 1909.)

En los versos que van al final de *Ecce Homo*, que son verdaderos sollozos y gritos ahogados de un *delirium tremens* intelectual, *ægri somnia*, leemos imprecaciones tan «germánicas» como éstas:

«¡Oh, pueblo de los mejores Tartufos, seguramente yo te soy fiel!»
Apenas dicho esto, en el buque más rápido, bogó hacia Cosmópolis...
Todos los jorobados se inclinan más, todos los cristianos hacen oficio de judío, los franceses se tornan más profundos, los alemanes cada día más necios...

Alemanes, estos anglo-sajones, gentes de juicio mediocre, ¿nos dan la filosofía?
Darwin al lado de Goethe, es un crimen de lesa majestad.
¡Majestatem genú!...



¿Y cuando habla de la historia escrita por alemanes, siendo como es, al parecer, la historia la creación de la Alemania moderna que la ha vivificado? Así como Schopenhauer decía de la filosofía de Fichte, Schelling y Hegel que era la filosofía confabulada con la religión del Estado, así como el viejo cascarrabias de Francfort protestaba de esa filosofía de cátedra que defendía la autocracia del Kaiser como el *desideratum* de todo verdadero filósofo... para trabajar en paz; otro tanto dice Nietzsche de los historiadores. Ningún latino se atrevería á firmar estas palabras de *Ecce Homo*...

«Pero aquí nada me impedirá ser brutal y decir á los alemanes algunas duras verdades: ¿Quién había de hacer otra cosa? Hablo de su impudicia en materia histórica. No solo los historiadores alemanes han perdido por completo *el golpe de vista amplio* para el valor de la cultura, no sólo todos son muñecos de la política (ó de la iglesia) sino que hasta llegan á *proscribir* ese golpe de vista amplio. Hay que ser, ante todo, alemán; hay que ser de la raza, sólo entonces se tiene derecho á decidir de todos los valores y los no valores en materia histórica... Alemán: ese es un argumento. *Alemania, Alemania sobre todo*; ese es un principio; los germanos son *el orden moral* en la historia; con relación al Imperio romano son los depositarios de la libertad; con relación al siglo XVIII, los restauradores de la moral, del *imperativo categórico*... Hay una manera de escribir la historia conforme á la Alemania del Imperio; hay una manera de escribir la historia para *la Corte*, y M. de Treitschke no se avergüenza... Cuando oigo ciertas cosas, se acaba mi paciencia y siento ganas de decir á los alemanes todo lo que tienen ya en la conciencia; casi considero que es un deber decirselo. *Los alemanes tienen sobre la conciencia todos los grandes crímenes contra la cultura de los cuatro últimos siglos.*» (*Ecce Homo*, § 2, págs. 152 y 153; Edic. del *Mercur de France*).

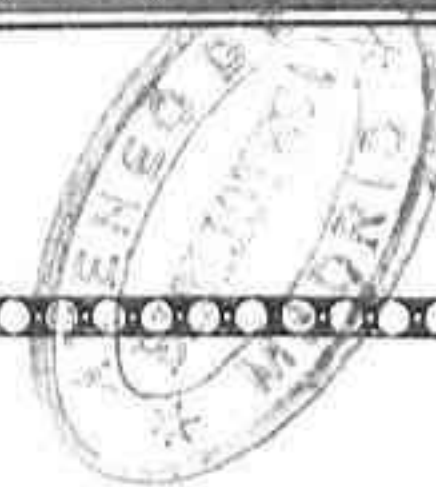
Y por no ensañarme (aunque me sobran aun textos) acabo recordando, Sr. Hauptmann, aquel párrafo de *El crepúsculo de los ídolos*. (*Lo que los alemanes están en camino de perder*, § 7): «Aun en las universidades, aun entre los sabios en filosofía, propiamente dichos, la lógica, en cuanto teoría práctica y oficio, comienza á desaparecer.» ¿Sería heriros demasiado recordar que la hermana del gran filósofo, la señora Förster-Nietzsche, habló de «la grosera suficiencia» de los alemanes?...

ANDRÉS GONZÁLEZ BLANCO

AFRICA ARTÍSTICA



GALERÍA DE UN PALACIO TUNECINO



Colonia JABÓN Polvos

**FLORES
DEL
CAMPO**



BARTOLZZI

El Jabón Flores del Campo, en tamaño grande, vale 1,25 ptas. la pastilla, y en tamaño pequeño, para muestra, 0,30.

La Colonia Flores del Campo vale 7 ptas. el litro.

Los Polvos Flores del Campo (en blanco, rosa y rachel) vale 3 ptas. la caja.

El Extracto Flores del Campo vale 7 ptas. el frasco.

Estas creaciones dan idea de la bondad de los productos que fabrica la

PERFUMERIA FLORALIA GRANADA, 2

LA TISIS PUEDE SER CURADA

DESCUBRIMIENTO DE UN REMEDIO CONTRA LA TISIS



Dr. Derk P. Vonkerman, el Descubridor del Nuevo Remedio contra la Tisis

Después de siglos de investigaciones, sin éxito, se ha descubierto un remedio para la curación de la Tisis, aún en los períodos avanzados de la enfermedad. Nadie puede dudar que la Tisis tiene remedio una vez que haya leído los testimonios de centenares de casos curados mediante este notable descubrimiento—algunos de ellos cuando un cambio de clima y todos los demás remedios habían sido probados sin éxito, y sus casos se consideraban como incurables. Este remedio nuevo es también eficaz y rápido en la curación del Catarro, de la Bronquitis, del Asma y otras enfermedades de la garganta y de los pulmones.

Para que todos los que necesiten este tratamiento, puedan investigar su mérito personalmente, se ha publicado un libro explicativo que trata de la Tisis, la Bronquitis, el Asma, el Catarro y las enfermedades aliadas de la garganta y de los pulmones. El libro explica la naturaleza del nuevo tratamiento y demuestra de una manera indisputable cómo y por qué este descubrimiento del Doctor Vonkerman cura rápidamente estas enfermedades peligrosas.

Para los que padezcan de la Tisis, la Bronquitis, el Asma, el Catarro ó cualesquiera de las enfermedades aliadas de la garganta ó de los pulmones, este libro es

ABSOLUTAMENTE GRATIS

No hay que mandar timbres postales ni dinero. Que el interesado mande su nombre y dirección á la Derk P. Vonkerman Company, Ltd., Departamento 670, 6, Bouverie Street, Londres, Inglaterra, haciendo mención de este periódico y se le enviará el libro bajo cubierta sencilla, libre de porte, á vuelta de correo.

Que no se espere que se desarrollen los síntomas de la Tisis. Si tiene usted Catarro crónico, Bronquitis, Asma, dolores en el pecho, resfrío de los pulmones, ó cualquiera enfermedad de la garganta ó de los pulmones, escribanos hoy, pidiendo el libro.

TAPAS

para la encuadernación de
"LA ESFERA", confec-
cionadas con gran lujo

DOS TOMOS PARA EL AÑO DE 1914

Á 4 pesetas cada juego de tapas
para un semestre

SE VENDEN EN LA ADMINISTRACIÓN DE Prensa Gráfica (S. A.)

HERMOSILLA, 57

MADRID

Para envíos á provincias añádense 0,40 de correo y certificado

IMPRESA DE «PRENSA GRÁFICA», HERMOSILLA, 57, MADRID

UNA PASTILLA VALDA

EN LA BOCA
ES UNA GARANTÍA DE PRESERVACION

de las afecciones de la Garganta, Corizas, Ronqueras, Resfriados, Bronquitis, etc.

ES LA DESAPARICION INSTANTANEA

de la sofocación, accesos de Asma, etc.

ES LA RAPIDA CURACION

de todas las enfermedades del pecho

ADVERTENCIA IMPORTANTÍSIMA

PEDIR, EXIGIR

en todas las farmacias

LAS LEGITIMAS PASTILLAS VALDA

que son ÚNICAMENTE las que se venden en CAJAS de Ptas 1.50

y llevan el nombre VALDA en la tapa

AGENTES GENERALES: Vicente FERRER y C^{ia} Barcelona.

Fórmula:
Menthol 0.002
Eucalyptol 0.005
Azúcar-Goma

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

EDITADA POR "PRENSA GRÁFICA S. A."

Director: Francisco Verdugo Landi □ Gerente: Mariano Zavala

Número suelto: 50 céntimos
Se publica todos los sábados

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA	EXTRANJERO
Un año. 25 pesetas	Un año 40 francos
Seis meses. . . 15 "	Seis meses . . . 25 "

ULTRAMAR: REPÚBLICA ARGENTINA

Un año. 25 pesos, moneda nacional

(Dirigirse á los concesionarios exclusivos:

Sres. MASSIP y COMPAÑÍA—Rivadavia, 698)

PAGOS ADELANTADOS

Diríjanse pedidos al Sr. Administrador de "Prensa Gráfica", Hermosilla, 57, Madrid ◊ Apartado de Correos, 571 ◊ Dirección telegráfica, Telefónica :: y de cable, Grafimun ◊ Teléfono, 968 ::

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTO, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS